



ALTERNATIVAS PARA EL FIN DEL MUNDO

FREDDY GONÇALVES DA SILVA
ILUSTRACIONES DE ÓSCAR HERNÁNDEZ

Andrés ha sido educado bajo una premisa: el mundo se acabará pronto y debemos estar preparados. Es aterrador, pero él toma medidas para vivir plenamente el presente. O al menos así lo cree su mamá. Hasta que en un viaje al campo, a casa de su tía, Andrés conoce a María José, una niña independiente de ojos color papelón. Juntos descubren la belleza en la vida cotidiana y forjan el valor necesario para recobrase de un inesperado accidente. Será en el profundo sentido de amistad, donde estos niños encontrarán alternativas para sobrevivir, se acabe el mundo, o no.

ISBN: 978-980-271-754-5



9 789802 717545

ROJO

Desde
10
años

Planetalector

ALTERNATIVAS PARA EL FIN DEL MUNDO • FREDDY GONÇALVES DA SILVA



PLANETA

ROJO

ALTERNATIVAS PARA EL FIN DEL MUNDO

FREDDY GONÇALVES DA SILVA
ILUSTRACIONES DE ÓSCAR HERNÁNDEZ



Planetalector







Desde

10

años





ALTERNATIVAS PARA EL FIN DEL MUNDO

FREDDY GONÇALVES DA SILVA

ILUSTRACIONES DE ÓSCAR HERNÁNDEZ

Colección Planeta Lector

Diseño de colección: departamento de diseño Grupo Planeta

Ilustraciones: Óscar Hernández

Ilustración de cubierta: Óscar Hernández

© Freddy Gonçalves Da Silva, 2017

© 2013, Editorial Planeta Venezolana, S.A.

Calle Alameda con Av. Libertador

Torre Exa, piso 3, Apto. 301

El Rosal - Caracas

Depósito legal: MI2017000337

ISBN: 978-980-271-754-5

Primera impresión: septiembre de 2017

Impreso por: Rotospeed, C.A.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, sin permiso previo del editor.

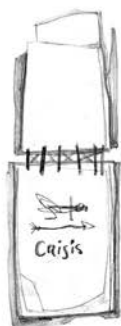
Freddy Gonçalves Da Silva (biografía)

Nació en 1981. Era de los que se escondía a leer con una linterna de madrugada. Ahora enciende la luz. Licenciado en Letras con maestría en Literatura Infantil y Juvenil. Por muchos años, escritor de televisión. También de ensayos críticos. Creador de la revista digital *PezLinterna* y de su blog personal *elhabatonka*. Autor de *María Diluvio* y *Arañas de casa*.

Óscar Hernández (biografía)

Nació en 1986. Diseñador gráfico e ilustrador. Como a la MaríaJó de *Alternativas para el fin del mundo*, siempre lo acompaña una bitácora para ilustrar y registrar emociones y gestos. Lo cautivan el muralismo, el *street art* y el tatuaje. Ha participado en exposiciones individuales y colectivas y asistió a la Bienal de Venecia de Arte Urbano en 2013.





«No hace tanto tiempo, en este mismo barrio, la felicidad era también una forma de resistir».

ALMUDENA GRANDES, *Los besos en el pan*





*A CaToFreSa, punto de encuentro
para la hermandad y el afecto.*

*A los experimentos de Valentín
y su refugio para Bon.*

A Karim, por creer.





LOS ÚLTIMOS AÑOS





La idea del fin del mundo no afecta la vida corriente de Andrés. Apoyado al manubrio del carrito de la compra, observa aburrido la fila de personas que están frente a él y a las que se acostumbró a ver en los últimos años. Depende del día varía la gente y también los temas que discuten a viva voz; pero ese sábado todo está en tensa calma: los compradores se quejan de la vida cotidiana en un susurro, como si supieran que Andrés cumple años y no quisieran molestarlo.

Él saca una lista arrugada que lleva siempre en el bolsillo y borra con el dedo el punto cuatro que estaba escrito a lápiz: cruzar la ciudad en bicicleta. A pesar de las horas perdidas, sigue contento por su nueva hazaña. Sudado y despeinado, guarda la lista y espera sonriente su turno para pagar. Andrés evita aburrirse mientras hace cálculos mentales para saber si el dinero le alcanza esta vez, luego vigila que nadie se lleve su bicicleta, y finalmente cuenta los mismos cuatro productos

que se repiten en cada una de las cestas del lugar: café, aceite, papel higiénico... hasta que se fija en la mancha de grasa que descubrió hace dos semanas, cuando los compradores les reclamaban a las personas que cobran en las cajas registradoras por la leche que, tras estar agotada, había entrado discretamente por la parte de atrás de la tienda. Es inevitable distraerse con aquella mancha en el vidrio de la puerta. Nadie se interesó en limpiarla en los últimos días y el sol se hace borroso tras ella. Desde una incómoda posición de descanso, Andrés se va dejando vencer por el aburrimiento: no solo espera para pagar, sino que ahora también busca meteoritos en el cielo.

A sus once años, que está por cumplir, Andrés había almacenado distintas alternativas para el fin del mundo. Cada vez que salía a la calle, con el permiso explícito de su madre, revisaba diversas posibilidades: 1. El mapa geopolítico que tenía colgado en su cuarto y donde hacía seguimientos de las probables bombas nucleares; 2. El movimiento anual de las placas tectónicas del planeta en caso de un terremoto o un maremoto; 3. La página mundial de la salud que se abría al iniciar la computadora de su mamá, para identificar si alguna peste acabaría con la raza humana; 4. El Twitter con su

localizador de posibles manifestaciones o actos de violencia en cualquier calle del país. Pero la inspección que más le gustaba era la de los meteoritos. Desde que Custodia, su madre, le dio el año exacto del juicio final, Andrés no deja de ver atento el cielo al atardecer. Cuenta a Venus, a Júpiter y a la Luna, así como a las distintas cadenas de estrellas que van estallando como cotufas a esa hora.

Y luego resta. Desde los seis años, Andrés solo resta los días.

• • • •

Andrés aprendió sus primeras técnicas de supervivencia a los seis años, mientras ayudaba a su mamá a transformar en un búnker el apartamento donde vivían. Custodia actuaba como si la amenaza zombi fuera un hecho, y con el apoyo de la junta de condominio enrejó las ventanas, colocó cámaras de seguridad en el edificio, y llegó a considerar una técnica excesivamente violenta con aceite caliente que detendría el paso de cualquier intruso. Andrés, perturbado ante todas esas posibilidades, aprovechaba cada vez que su mamá lideraba una nueva acción y se iba a hurtadillas al cuarto de ella. Encendía la televisión para encontrar noticias que

le contarán realmente lo que estaba ocurriendo, pero casi siempre coincidía con el mismo programa, animado por la misma persona y replicado en todos los canales. Sentía que eso duraba todas las horas del mundo. Resignado, a Andrés le tocó formarse en el arte de la desconfianza. Llegó a dudar hasta de la señora Begoña, su vecina de enfrente, que siempre le había caído bien.

Durante todo el año, cada vez que Andrés llegaba del colegio con su mamá, se detenía a ver la fachada del edificio que quedaba en el centro de la ciudad. Veía las posibilidades que tendrían los zombis de escalar hasta la ventana de su cuarto; pero también inspeccionaba las vías de escape en caso de cualquier tragedia propia del apocalipsis. Se sentía acorralado, en una confusión de sentimientos: se ponía furioso y lamentaba que su papá los hubiera abandonado en pleno apogeo del fin del mundo; pero terminaba entristeciéndose porque Custodia no tenía ahorros suficientes para comprar una casa en la cima de una montaña.

Custodia solo percibía deudas. Su mamá también restaba.

• • • • •

Al siguiente año, la tía Laura apenas pudo visitarlos meses después de su cumpleaños. Custodia recibió a su hermana con un fuerte abrazo que duró más de lo normal, pero también con una convicción: «te lo advertí, estamos llegando al llegado-ro». Andrés saludó torpemente a la tía, esperando que le trajera un regalo a destiempo, mientras Custodia la llevaba hasta la mesa y le servía un caldito para que se calmara. Aunque Laura se veía bien, ella era la más valiente de la familia y se impresionaba con muy pocas cosas; por eso la tragedia que acababa de ocurrir cerca de Mochica, el pueblo donde vivía, no la espantaba.

Andrés, acostumbrado a ponerse alerta al oír la palabra tragedia, procuró seguir la conversación de ambas, pero hablaban tan rápido que apenas pudo atajar las palabras: Amuay, explosión, fuego y muertos. Con siete años, se había vuelto experto en sentir miedo. Creció acumulando palabras sinietras, mientras que Custodia acumulaba insumos. Y fue por eso que la tía Laura, camino al baño, se angustió al abrir uno de los muebles y encontrar, apiladas en perfecto orden, treinta cajas de calmantes, quince frascos de alcohol y sesenta y seis vendas.

—¡Custodia, ¿qué es esto? ¿Te estás volviendo loca?!

La tía Laura tuvo con su hermana una larga conversación sobre el divorcio, el abandono, el acaparamiento y las creencias que le había visto administrar en los últimos años. Custodia oía sin rechistar, pero sin perder jamás la convicción de que el fin del mundo era la única verdad que le quedaba en su vida.

Escondido en el cuarto de su mamá, Andrés escribía con mucha torpeza la palabra Amuay en YouTube. Aprendió a escribir a temprana edad en caso de tener que dejar notas de SOS en medio de una tragedia, así como la que se desplegó ante sus ojos. Eran las escenas de la explosión que había narrado Laura al llegar. Intensas llamaradas de color naranja se reflejaban en sus pupilas aterradas cuando escuchó una noticia de la tía que lo paralizó aún más:

—Andrés, ya que estás de vacaciones te vienes conmigo al pueblo.

Se fue a regañadientes. No podía negarse al regalo que su tía le tenía reservado. Tampoco entendía bien por qué su mamá lo libraba de los zombis pero dejaba que lo llevaran más cerquita de lo que parecía el infierno. Ese era su llegadero. Se aseguró de preguntarle a la tía seis veces si el incendio ya lo habían apagado. La tía Laura, de buen

humor, le pidió que dejara de repetir las angustias de Custodia y que disfrutara de las vacaciones. A él le costó. Apenas se bajó del carro, tosió por el polvo de la tierra que habían levantado sus zapatos. Se encontró con un pueblo caluroso y seco. Al menos, desde las ventanas de la casa de su tía, podía ver un atisbo de montaña marrón y verde que le servía de alivio: si se derretían los polos antes de tiempo, podía refugiarse en la cima antes de la inundación. Pasó una semana comparando a ese pueblo en medio de la nada con la vasija de arcilla que hizo en clases y que al secarse era gris y llena de fisuras.

Aunque con los días, fue cambiando de parecer. La tía Laura lo sacaba de casa muy temprano en la mañana, antes de irse a trabajar. Andrés paseaba todas las semanas por el pueblo sin la vigilancia de Custodia. Los martes, Lila, una joven maestra de la escuelita rural, le prestaba algún libro desvencijado para que leyera. Los miércoles Yuri, la dueña del cibercafé, le regalaba un dulce de coco. Y fue así, compartiendo con los vecinos del pueblo, que Andrés descubrió la palabra futuro. Oía a don Casimiro, el doctor, contarles a los pacientes cómo su botica iba a tener sucursales en otros pueblos dentro de cinco años; y veía a Anita, la vecina de su tía, anotando en un cuaderno del

colegio los detalles de sus quince años, que celebraría dentro de seis.

Por las noches, Andrés le hacía preguntas a su tía Laura sobre el mañana, y ella, que no entendía su impaciencia, le armaba un plan de actividades al aire libre para el día siguiente con intención de distraerlo. Por eso, antes de acostarse, él le rezaba a *Jesúsito redentor* para que protegiera a todos los habitantes de Mochica, que no sabían que dentro de cuatro años el mundo pondría un punto a la palabra fin.



Su octavo año lo celebraron en Mochica, en casa de la tía Laura. Custodia llevaba meses angustiada por la situación tensa que se vivía en la ciudad, para ella estaba claro que se acercaba el final. Fue por eso que quiso darle algo de paz a su hijo como regalo e hizo coincidir sus vacaciones con una semana de permiso para Andrés que solicitó en el colegio. Sin embargo, en todo el viaje, solo repetía:

—Hay que aprovechar el tiempo, porque se está acabando muy rápido.

Andrés llegó con la resta palpitando como un dolor de cabeza. Durante el viaje su mamá no

hizo más que recordarle que quedaban tres años para el fin del mundo. Por eso, al bajarse del carro, corrió directo al campo donde no tendría que saludar a nadie ni hablar de los desenlaces posibles.

Su paso acelerado se vio interrumpido por un chivo desbocado que corría abriéndose paso por la escasa hierba. Detrás del animal venía MariaJó, la hija inquieta del nuevo veterinario. Del impacto, Andrés cayó sentado sobre la hierba seca, como si frente a él hubiera pasado un meteorito. Sus ojos color papelón fue lo único que alcanzó a ver. Cuando de repente, en medio de su distracción, sintió también la estridente vibración de su risa, como la de un temblor de escala tres.

Ese terremoto de risa volvió a cruzarse frente a Andrés todos los días de esas pequeñas vacaciones. Su presencia lo intimidaba, y empezaba a faltarle el aire. Él tuvo que aprender a respirar cuando la tenía cerca. Era como si MariaJó fuera un planeta en otra galaxia, con una atmósfera distinta. Ambos coincidieron en el parto de una yegua. Él vomitaba; ella se reía. Se encontraron en misa de domingo. Él rezaba; ella robaba la limosna. Se hablaron frente a una jaula de pollitos en el mercado. Él los pintaba; ella los liberaba. Al final de la semana, ambos eran grandes amigos.

En la fiesta de cumpleaños MariaJó, que era una experta coleccionista de palabras, le regaló una: esperanza. Ocurrió sin planearlo, cuando lo invitó a pedir un deseo al soplar las velas de la torta esa tarde. Durante el *Cumpleaños feliz* que le cantaban juntos en la casa de la tía, Andrés se concentró en las velas encendidas y se obligó a alejar de su cabeza las imágenes del incendio un año anterior; no quería seguir pensando en palabras siniestras, quería pedir algo, cualquier cosa, tener un deseo a pesar de la mirada inquisidora de Custodia.

Cuando la canción estaba cerca de llegar a su final, el grito desgarrador de una vecina paralizó a todos los presentes. Interrumpieron la canción, y se asomaron a la ventana para oír en la distancia petardos con vítores de celebración mezclados con gritos descorazonados de llanto. La situación era muy confusa, aunque todos los invitados sabían de qué se trataba. Se acomodaron alrededor del televisor que acababan de encender y vieron el anuncio. Andrés fue el único en quedarse al lado de su torta, sin apagar la vela y sin un deseo en mente. MariaJó se acercó, lo abrazó de lado, y apagó la vela de un soplo. Finalmente le susurró:

—Parece que se murió el Presidente.

Andrés reafirmó que debía seguir restando. Ese era un año menos.



Quizás por eso a los nueve, el fin del mundo le parecía mucho más ordenado que los anaqueles de supervivencia de su mamá. Así que, al leer sobre la muerte de una reconocida actriz, escuchar los disparos contra un estudiante universitario que protestaba contra el gobierno de turno cerca de su casa, o ver las manifestaciones de represión violenta que le registraba el Twitter a diario; dejó a un lado la carta al niño Jesús e hizo una larga lista de cosas que quería hacer antes de morir. Algunas aparentemente imposibles como caminar sobre la luna o transformarse en médico cirujano, pero otras más viables como aprender a montar bicicleta para recorrer toda la ciudad, ser vegetariano, comerse una patilla entera de una sentada, o bailar con MariaJó alguna de las canciones que su tía Laura escuchaba mientras planchaba.

¡Ay, MariaJó, con esos ojitos color papelón!

De la lista, ese año, solamente aprendió a manejar bicicleta. Le enseñó Jacinto, el vecino del seis. A cambio tuvo que hacerle la tarea de Castellano durante todo el año escolar. Jacinto se enredaba con la gramática. No entendía mucho lo de sujeto, verbo y predicado, por eso cuando hablaba revolvía sus palabras:

—Acelera tú la bicicleta. ¡El balde, Andrés, cruza!

—¿Ah?

Supo que manejaba bien bicicleta el día que no se llevó el balde del conserje por delante. Ellos nunca salieron del estacionamiento del edificio. Las lecciones eran después de clases, y coincidían con las labores de limpieza del gago, como llamaban cariñosamente al conserje. Andrés estaba satisfecho con subir y bajar la rampa de la entrada, o imaginar que los espacios entre los autos estacionados eran un bosque laberíntico. Solo las largas conversaciones que tenía con MariaJó por las tardes a través del Facebook le seguían dando el valor para retar al tiempo y cumplir sus metas antes de que, en el mejor de los casos, estallara el planeta.

• •

Para el décimo cumpleaños, no pudieron viajar a Mochica. Custodia tardó ocho horas en encontrar los ingredientes para hacer una torta y, al llegar, estaba tan cansada que se quedó rendida en el sofá. Andrés no pudo evitar reírse de los ronquidos de su madre, y la cubrió con una manta. Buscó conectarse a Internet para conversar con MariaJó, pero se había

caído la conexión. Pensó en tocarle el timbre a la señora Begoña, pero recordó que hace unos días se había ido del país con su familia. No tuvo tiempo ni para encender de nuevo la paranoia. Estaba aburrido. Se fue hasta uno de los muebles del baño y sacó una de las doscientas cincuenta y cuatro latas de atún que guardaba su mamá. La abrió y se sentó a la mesa a comer.

No quería rendirse. Por eso, buscando el ánimo que tenía apagado, sacó del bolsillo su lista de cosas por cumplir, tomó un lápiz de su morral y agregó: «Aprender a hacer una buena torta».

El olor a quemado despertó a Custodia, que se levantó corriendo a ayudar a Andrés a sacar la torta del horno. Ella, olvidándose por completo del cumpleaños, empezó a regañarlo por lo difícil que había sido conseguir la harina, lo costoso de los huevos... y Andrés, en respuesta, colocó una vela usada sobre la torta:

—Se quemó solo la base, mamá, te juro que quedó rica.

Custodia sonrió conmovida, lo abrazó y encendió la vela.

—Está bien. Aprovechemos que nos quedan pocos por celebrar —y logró desinflar el entusiasmo de Andrés, cuando cantó lo que para ella sería su penúltimo cumpleaños.

•

Cansado de oír la patética historia de la torta quemada, Jacinto se encargó de darle a Andrés un regalo inolvidable para su onceava celebración: iba a cumplirle uno de los puntos de su lista antes del fin del mundo. Era el número cuarto, en el que planeaba poder escaparse del edificio y recorrer la ciudad. Ya aburrido, Andrés se lo repetía todas las tardes que bajaban con sus bicicletas a dar vueltas alrededor de los autos que habían perdido su forma de laberinto. Ambos tenían prohibido salir del edificio solos, y tal vez por eso fantaseaban tanto con hacerlo.

Esa mañana, Jacinto aprovechó que su papá tenía el carro guardado porque no le conseguía repuestos, y sacó a escondidas el control remoto del portón del estacionamiento. Era miércoles, había un sol incandescente. Andrés tenía poco tiempo porque debía hacerle unas diligencias a su mamá, e intentaba hacer caballito en la bici, cuando escuchó el desarticulado grito de Jacinto:

— ¡Cumpleaños feliz! ¡Andrés, libre eres!

El motor del portón eléctrico se encendió. Andrés se puso nervioso, fijó su mirada en las cadenas que hicieron corredizas las puertas. El tralalá de

las rejas empezaron a aturdirlo, estaban en sintonía con las palpitaciones de su pecho. La gran sombra que los cubría se fue apartando, dejando entrar los potentes destellos del sol. Ambos tuvieron que achinar sus ojos para evitar que los lastimara la incandescente luz del cielo.

¿Qué podía pasar?



II

LA OSCURIDAD





MariaJó es una experta ciclista. Incluso en días como ese sábado, en el que el sol picaba en los ojos de transeúntes y conductores. Es capaz de sortear todos los obstáculos: baches del asfalto, empedrados de la montaña o las dunas cerca de la playa. Pedalear la hace sentir independiente. Más cuando está emocionada, como esa tarde por el cumpleaños de Andrés que, según Custodia, sería el último antes del apocalipsis.

Aprovechó que lo vería en Mochica el fin de semana siguiente, y buscó los materiales para terminar su regalo: cartulina, una crayola color bronce, estaño, soldador y alambre. Había pasado todo el mes en el cibercafé de Yuri viendo tutoriales en YouTube para crear un *walkie talkie* casero previendo que el fin del mundo llegara antes de tiempo. Si las líneas telefónicas colapsaran o el Internet se caía, ellos tendrían una forma de acompañarse hasta el último segundo, sin decirse adiós.

Desde que se conocieron a sus ocho años, Andrés y MariaJó se hicieron inseparables. Su amistad

empezó cuando Andrés le regaló aquel deseo que nunca pudo pedir: «tú soplaste la vela del pastel, es tuyo, te lo regalo». Ella, que acababa de mudarse al pueblo, se sintió afortunada. Entonces decidió que debía tener una bicicleta propia.

Con ayuda de su papá, el veterinario del pueblo, ahorró dinero durante un año para poder comprarse una buena bicicleta. Lo asistió en los partos de las yeguas, aprendió a colocar las vacunas a los perros e incluso, a escondidas de su papá, llegó a vender crías de los gatos callejeros en la vera de la carretera. Con todo ese trabajo y gracias a la vacuna que don Feli, el bodeguero, solicitó para su dóberman, MariaJó alcanzó la suma de dinero que necesitaba un poco antes de cumplir los nueve.

Orgulloso, el veterinario le pidió a su amiga Laura que acompañara a su hija a comprar la bicicleta al día siguiente. Llegaron a la tienda con tanta emoción que, al ver de nuevo los precios, sus caras se desencajaron. La bicicleta que tanto había anhelado MariaJó, costaba casi el triple en comparación al año anterior. Laura, como la buena tía que era de todos, reclamó, se molestó, pero terminó entendiendo que no tenía una solución inmediata.

Trató de convencer a MariaJó de que tocaba esperar un poco más, pero ella se desesperó. Si no

la compraba ahora, iba a seguir subiendo de precio y nunca le iba a alcanzar. Además, no quería decepcionar a su papá ni mucho menos a aquel deseo que Andrés nunca pudo pedir. Laura, conmovida, la invitó a hacer un pacto secreto: buscarían una bicicleta más barata y Laura le completaría el dinero. Vieron, buscaron y encontraron una bicicleta sencilla pero ideal. Apenas la vio, MaríaJó le puso nombre: la Tonina.

Juntas, la dueña y su bicicleta, pasaban días perdiéndose para reconocer las veredas secretas del pueblo y recolectar palabras en una bitácora de viaje. Por las tardes, en sus largas conversaciones con Andrés por el chat del Facebook, le enseñaba trucos en el pedaleo y lo invitaba a arriesgarse a conocer un poco más su ciudad. Se contaban todo lo que les ocurría en el día desde que veían por primera vez el sol hasta que dejaban de ver la luna. Pensó que al regalarle los *walkie talkies*, ni un arma de destrucción masiva podría acabar con sus palabras.

Por todo eso y por ser simbólicamente el último cumpleaños de su amigo, a ella no le importaba el suelo arenoso que se levantaba como una polvareda ese sábado. Aunque estaba acostumbrada al calor de Mochica, temía que las altas temperaturas anunciaran una posible sequía. Los noticieros

seguían llamándolo el fenómeno de El Niño. MariaJó estalló con su estridente risa pensando que esos nombres los colocaba Custodia para hacer sentir culpable a su hijo.

La risa se esfuma junto a la ventisca de polvo que traen un par de personas que corren hacia ella. MariaJó trata de no arrollar a nadie y mantener el equilibrio. Logra apartar a un niño, a dos adolescentes y a cuatro adultos que dirigen sus gritos a otro grupo que está a las espaldas de ella.

Orilla a la Tonina en la carretera para ver lo que ocurre. Sacude los ojos y logra descifrar, a través del polvo, a las personas que rodean un camión de carga de comida. Se oyen gritos y a la gente que se pelea por las cajas, saqueándolo, mientras que el conductor desiste de una lucha en las que tenía todas las de perder. MariaJó ve la escena como una de las batallas zombis de las que habla Andrés y, por primera vez, duda en si las profecías de Custodia eran ciertas.

Asustada, reinicia velozmente su camino por la carretera; pero sin percatarse de una camioneta que se dirige hacia ella. Su conductor se rasca los ojos por causa del sol y tampoco la ve venir. MariaJó tiene tiempo de maniobrar, pero fácilmente pierde el control del manubrio. Apenas puede evadir el

golpe rozando por un lado del caucho; pero la velocidad de la camioneta hace que aplaste una de las ruedas de la Tonina, mientras que el cuerpo de ella rebota al otro lado del camino.

No grita, queda muda mientras vuela por el aire, y sus ojos atinan a ver el tumulto alrededor del camión de carga. Su cara da contra un suelo de piedras que bordea la carretera. El sol deja de brillar. Antes de perder la conciencia, logra oír los gritos de la gente peleando entre sí.

•

MariaJó pasó cuatro días en los que solo se aferró a los sonidos abstractos que la rodeaban: las máquinas del cuarto del hospital, las palabras técnicas del doctor, el suero cayendo lentamente, los sollozos de su papá, los reclamos de las enfermeras por falta de espacio e insumos. No podía dejar de pensar en la venda que tapaba sus ojos.

Por las noches, se tanteaba el rostro y trataba de olvidar lo que había pasado. No quería ni imaginar que Custodia pudiera tener razón, que el fin del mundo estaba a la vuelta de la esquina. Pensaba en lo mucho que se burló del miedo de Andrés, para sentirse ahora sin respuestas. Lloraba, pero la venda

le secaba toda evidencia. Aunque también dolía, y eso le dio a entender lo golpeados que estaban sus ojos. Le preguntaba a la tía Laura por los pronósticos de los médicos, pero todos usaban las mismas palabras: pronóstico reservado.

Esa semana las palabras, así como también los sonidos, habían dejado de tener formas, colores, imágenes. Las uvas ya no eran gorditas; los gritos de su papá enfadado no lo hacían ver como una mora; Rolf, el perro de la casa, ya no le hacía el juego de las mil caras. Ahora todo era negro, como manchado de carbón.

•

Las palabras tenían la resistencia de un cactus en el desierto para María José. Desde que se mudó a Mochica, ella se había construido un universo propio.

El terreno árido en el que vivía estaba repleto de misterios a los que volvía a nombrar como si fuera una diosa. Para ella, la grama seca se llamaba *verdelios*, los grillos eran *crisis* y los árboles, *sombri-ta*. Ella misma se autonombró *MaríaJó*, y bautizó al cachorro que llegó a la casa como *Rolf*. Tras sus paseos diarios, ella regresaba alimentando su bitácora mental de descubrimientos e inventos.

Era una gran observadora, detallaba con una dedicación impresionante cada una de las cosas que veía. Una mañana, armó su bitácora: un cuaderno de hojas blancas con unos cartones negros, para ir registrando cada una de las cosas que ella nombraba. Pasó los siguientes años dibujando plantas, objetos, animales y clasificándolos con nombres propios. Fue por eso que, tras el deseo que le regaló Andrés, ella decidió comprarse una bicicleta con la cual podía seguir descubriendo el mundo sola.

•

Amparados en esta forma independiente de ser de MaríaJó, la tía Laura y Tomás, el veterinario, tratan de subirle el ánimo cuando le dan de alta. Laura, conmovida por la situación y con algo de culpa por ayudarla a comprar la Tonina, aprovecha sus vacaciones del trabajo y le ofrece su casa a Tomás, al menos durante una temporada, para cuidar de la niña mientras él trabaja.

Juntos concluyen que es bueno para ella estar en un hogar que reconocía, que podía transitar y en donde podría ser más fácil el proceso de adaptación. Por sus travesuras, conocía el interior de la

casa de la tía Laura desde que se habían mudado al pueblo, las formas de los muebles, la sensación de las cosas. Además, estaría rodeada de una familia, y tendría la compañía de Rolf.

MariaJó no solo había dejado de ver, sino que seguía sin querer hablar. No le encuentra sentido a nada. Su papá, protector, la acomoda en el cuarto que le prepararon en la casa de Laura. Mudó sus almohadas, sus peluches, su bitácora, sus cosas más elementales.

El veterinario le lleva la comida en la primera noche fuera del hospital, la ayuda a vestirse y la acuesta acompañado de un sollozo silencioso que la aturde. MariaJó espera oír el clic del interruptor de la luz, para ver si el tono del negro a su alrededor varía. Era el mismo vértigo. Negro con manchas eléctricas y formas abstractas. Su visión era una mancha sin gracia.

Busca con rabia por todo el colchón, alcanza las almohadas y los peluches que lanza por toda la habitación. En su búsqueda frenética encuentra la bitácora, la abre con rabia, roza con su palma las hojas llenas de dibujos que ahora no puede ver. Quiere romper sus páginas, pero en el impulso se cae de la cama, y la bitácora rueda por el suelo, lejos de ella.

Rolf, asustado, se acerca lentamente abriéndose paso entre los peluches que estaban tirados de cabeza en el suelo. Su nariz húmeda acaricia la de ella. Esa sensación inesperada, la reconfortó. Es la primera vez, desde el accidente, que siente algo realmente familiar. Y lloró.

MariaJó cree que ese era el fin de su mundo.





EL BIG BANG





Andrés ve su reflejo en el espejo del baño. Se siente ridículo con la ropa de misa. No entiende por qué debe hacer todo ese largo viaje vestido así. Incómodo, se quita el corbatín, pero Custodia pasa detrás de él y lo reprende con la mirada.

—Pero mamá, si MaríaJó no puede...

—¿Qué vas a decir de la pobre María José? —se acerca al hijo y mientras le acomoda el corbatín a la fuerza—. ¡Ten mucho cuidado con tus palabras! ¡Esa niña debe estar pasando por un trance horrible! ¡Ni habla!

Custodia termina de peinarlo con la mano, y le muestra el reflejo de ambos en el espejo: —Menos mal que el mundo se acaba este año. Será un alivio para ella.

Andrés abre el grifo del agua y se moja la cara. Le empieza a faltar el aire. Finalmente, su madre había conseguido justificar los días de falta en la escuela para poder ir hasta Mochica y visitar a MaríaJó, a la que después del accidente tenían

escondida como a una enferma contagiosa. Esa mañana, su cabeza es un hervidero de ideas. No sabía si su ansiedad era por verla, por no saber qué decirle, o porque el mundo se iba a acabar sin que él tuviera la oportunidad de confesarle lo mucho que la quería. Incluso, por un instante, llegó a pensar lo molesto que estuvo el sábado porque en su último cumpleaños no lo llamó. Inmediatamente recuerda el accidente, y su cerebro se llena de palabras siniestras. Cierra el grifo, ve el agua escurriéndose por su cara, y se promete que no llorará frente a MariaJó, aunque ella no pueda verlo.

No son tiempos para ser un egoísta.

•

Andrés llega a Mochica y siente la diferencia. El viento sopla distinto sin la risa estridente de MariaJó haciendo temblar los cardones y cujies. Los vecinos no suben el tono de la voz, andan por las calles como zombis, como si vivieran en duelo. Nadie comenta otra cosa distinta a la desgracia de la pobre hija del veterinario, niña sin nombre que había perdido la vista cuando saquearon el camión de carga. Andrés alcanza a oír a una vecina conversando con don Feli, el bodeguero:

—¡Pobrecita!, ciega y como está la calle hoy en día; pero yo tengo fe en mi Dios, esta situación tiene que acabar pronto; Él aprieta, pero no ahorca.

Andrés patea las piedras con rabia mientras camina. Custodia le aprieta la mano:

—Andrés, ¡cuida los zapatos que son nuevos! —en tono de reclamo.

Y él siente más rabia. Si el planeta iba a desaparecer, ¿qué más daba?

La única que parece entenderlo es su tía Laura, quien lo abraza fuerte contra su regazo apenas lo ve. Lo colma de besos, y agradece al cielo que llegara a tiempo. Con esas palabras, él cae en cuenta de que su tía tampoco lo entiende lo suficiente, y que ella realmente necesita que su sobrino haga hablar de nuevo a MaríaJó.

Andrés se siente solo y comprometido.

Antes de hacerlo subir, la tía le pidió a Custodia que los dejara a solas, y lo llenó de recomendaciones. Él nunca sintió tanto miedo en su vida como cuando vio esas escaleras. Es que ni la posibilidad del ataque zombi, ni la central nuclear de Fukushima, ni los asaltos continuados en la ciudad le daban tanta impresión. Esos escalones se le hacen infinitos. A cada paso, necesita tomar una bocanada más grande de aire. Está llegando a Júpiter con el casco

de astronauta roto y un ridículo corbatín puesto. Al llegar, tiene una misión: decir algo. No puede callarse. Su cabeza trata de recolectar palabras que puedan funcionar con MariaJó: *chivos, la Tonina, cocos, sombrita, Rolf*. Todas les parecían inútiles.

Finalmente llega hasta la puerta de la habitación, y la lista de palabras que recogía de la bitácora de ella se confunden con las palabras sinistras con las que creció él: catástrofe, ceguera, meteoritos, tragedia. Sacude la cabeza, prepara nuevamente sus pulmones y con un resto de valor, da un par de golpes a la puerta.

No le responde.

Lo intenta de nuevo.

Nada.

Andrés, sin pensarlo, cierra los ojos. Se deja arrastrar por el impulso y abre la puerta. Entra de un solo golpe. Rolf, que está sentado a los pies de MariaJó, se levanta con un gruñido entre los dientes dispuesto a atacar al intruso:

—Rolf, soy yo, Andrés —atina a decir, mientras le acaricia el pelaje.

Rolf lo olfatea, lo reconoce, y empieza a lamerle las manos. MariaJó, por el contrario, se levanta con el gruñido atravesado en la garganta. Trastabilla por el cuarto, y busca el cuerpo de Andrés con torpeza:

se golpea una pierna con la cama, empuja una silla con la mano, pateo un par de peluches que siguen en el suelo. Andrés empieza a caminar hacia atrás, con miedo, y sin hallar aún la palabra adecuada. Hasta que logra ver los ojos, ahora perdidos, de su amiga.

¡Ay, MariaJó, con esos ojitos color papelón!

Rolf, desorientado, acompaña entre saltos a Andrés hacia la salida. Ambos terminan del otro lado del pasillo. Ella logra encontrar la puerta y lanzarla contra la nariz de Andrés. Él deja escapar todo el aire comprimido, y se sienta en el suelo, frustrado, sin saber qué hacer. Rolf aparta con el hocico un jarrón que los separa y, tras abrirse espacio, deja caer su cabeza contra las piernas de Andrés.

A la hora, él sigue triste tan solo de imaginar lo que debe estar sintiendo MariaJó. No sabe qué decirle. Así que se le ocurre cerrar muy fuerte los ojos para no ver nada mientras acaricia los orejas de Rolf. No sabe si ella siente lo mismo.

A las dos horas, la tristeza se convierte en rabia. Camina furioso de un lado al otro por el pasillo. Rolf apenas lo sigue con su cabeza, moviéndola de un lado al otro:

—¿Qué le hice yo, Rolf?, ¿no se supone que somos amigos? —bajando cada vez más la voz para que MariaJó no lo escuche.

Pasadas las tres horas, llega la noche. El estómago le comienza a sonar del hambre. Se siente acompañado de la mascota, pero Rolf también quiere comer. Y se levanta del regazo de Andrés, sin ladrar, ni lamerle la mano, sin ni siquiera voltear a verlo. Baja las escaleras, sin inmutarse, en busca de su comida. Sorprendido, Andrés duda de que los perros fueran realmente los mejores amigos del hombre.

Para olvidar la traición de la mascota, se levanta y camina hasta una ventana abierta que está al final del pasillo. La noche está oscura, con un negro que acentúa los sonidos de la montaña afuera y ensombrece los pasillos de la casa. Andrés siente miedo. Voltea y no logra distinguir el jarrón que está en el pasillo. Tantea el camino para encender la luz. No encuentra el interruptor. Decide volver al único lugar que reconoce, a la puerta del cuarto de MaríaJó. Es allí donde se siente más seguro.

Se deja caer en el suelo y empieza a entender por lo que está pasando su amiga. Él sabe que, con encender la luz, puede evitar ese susto de no ubicarse. Ella, a la que siempre le gustaba verlo todo al detalle, ya no tenía como enfrentarlo.

Desde el suelo, dirige su mirada hacia la ventana. Alcanza a ver una chispa que estalla en

medio del cielo negro, luego otra, después algunas más. Son las estrellas que empiezan a asomarse.

El rostro de Andrés muestra una sonrisa con atisbos de locura.

Tiene una idea.

Se levanta perdiendo el equilibrio y, de la manera más torpe que le permite la oscuridad, abre la puerta de la habitación. Entra de rodillas, gateando por el suelo. MariaJó se asusta y se acurruca en la cama.

—No te asustes. Soy yo otra vez —susurra Andrés desde el suelo.

MariaJó se cubre con las sábanas, en modo de protesta.

—Me tienes que ayudar —insiste su amigo.

Ella está dolida. No entiende por qué Andrés le pide ayuda cuando ella había sufrido el accidente por ir a buscar material para su ridículo último regalo. Él todavía tiene ojos para poder ver a su perro, a su bitácora, a su papá. No sabe si lanzarle una almohada o escucharlo. MariaJó solo quiere llorar y desaparecer.

—¡MariaJó! ¡Acabo de verlo...! El meteori-to está cerca. Mi mamá tiene razón.

Absorta, no sabe si creerle o no. Él se paraliza como una estatua, y aprende a distinguir la

silueta de su amiga en las penumbras. MariaJó apenas logra sentir a su agitado corazón que parece estallar en el pecho. No sabe si es miedo o alivio. Se zafa como puede de las sábanas y se levanta, esta vez un poco más ágil, para acercarse a la ventana. Se apoya de las paredes y del clóset, hasta que finalmente siente el marco de la ventana que se mantiene cerrada. No logra abrirla.

—Ayúdame —fue la primera palabra que estalló de la boca de MariaJó en medio de su desesperación.

Andrés se levanta fugazmente, y golpea su rodilla con una punta de la cama. Se traga una grosería, y llega cojeando hasta ella. Le abre la ventana con pericia. MariaJó siente la brisa en su cara, pero odia no poder ver nada, ni un destello. Trata de oler el aire, a ver si el aroma era distinto. Busca palparlo con sus manos, para sentir si era más denso. Y, nuevamente frustrada, aprieta el marco de la ventana queriendo renunciar al interés. Andrés no la deja. Toma su mano derecha y la lleva a señalar un punto en el que solo había una densa nube teñida de noche.

—¡Está allí!, es de color naranja, como una llama que cae.

MariaJó intenta fijar sus ojos hacia donde señala su mano. Lo hace también con los dedos.

Suspira resignada al recordar a la gente alrededor del camión, la última imagen que registra su cerebro. A lo mejor era cierto y el mundo estaba llegando a su fin. Su expresión se iba librando del miedo y la rabia. Se dejó llevar. En las manos y las palabras temblorosas de Andrés, MaríaJó descubre unos ojos para observar. Andrés, en cambio, consigue un motivo para seguir mintiendo.

Ambos estaban ante el fin del mundo, y se sintieron más vivos que nunca.



IV

LAS PROFECÍAS





Custodia termina de arreglar las sábanas del catre que comparte con su hijo. La habitación para los invitados queda a pocos pasos del cuarto donde duerme MaríaJó. Andrés está tranquilo de tener a su amiga cerca y porque finalmente pronunció una palabra: *ayúdame*. Custodia acomoda el esquinero y Andrés se deja caer en la cama, cansado.

—Mamá, ¿y cómo será? —pregunta mientras ve hacia el cielo.

—¿Qué cosa? —responde distraída, mientras golpea las almohadas.

—El fin.

—Nadie sabe. Hay muchas teorías —Custodia, incómoda, aparta al hijo para colocarle la almohada bajo la cabeza.

—¿Y cómo saben que es este año? —buscando meteoritos en la noche.

Custodia se arma de paciencia, y se sienta a su lado:

—Hubo un profeta muy importante llamado

Nostradamus, que escribió varias profecías en 1555 y se han ido cumpliendo.

—¿Cómo cuáles? —curioso, voltea a verle la cara a la mamá.

—Hitler en el poder, las bombas atómicas, las torres gemelas...

—¿Quién es Hitler? —entrecerrando los ojos, sin entender.

—Un dictador terrible, que mató a muchos judíos en Alemania y participó en la Segunda Guerra Mundial —armándose de paciencia.

—¿Todo eso lo adivinó ese señor? —sorprendido.

—Todo coincide.

Custodia se levanta para terminar de extender las cobijas.

—¿Y si ya sabían todo eso por qué no hicieron nada para evitarlo?

—No sé.

—¿Eso no te parece raro? —con la duda atravesada en el pecho.

—¿Ya vas a empezar? —le frunce el ceño, en modo de advertencia.

Custodia apaga la luz, enciende una lámpara de mesa y finalmente se acuesta en el catre, haciéndose espacio.

—¿Y los mayas? —pregunta intempestivamente Andrés.

—¿Qué pasa con ellos? —suspirando.

—¿Se equivocaron?

—Tuvieron un error en el calendario. Es todo.

—Ya —sin estar totalmente convencido.

—¿Ya qué? —molestándose.

—Ya. De ya —responde sinceramente.

—¿Por qué dudas de lo que está escrito? —molestándose.

—¿Dónde? —pregunta, retador.

—En la Biblia, por ejemplo.

—¿En qué parte? —insiste el hijo en su reto.

—El Apocalipsis es muy claro —responde en un contrapunteo.

—¿Qué dice?

—Habla de los cuatro jinetes —dice con un aire de misterio.

—¿Jinetes?, ¿cómo el señor Camilo de la balleriza al otro lado del pueblo? —pregunta inocente.

—No, estos son unos jinetes que traerán la hambruna, la enfermedad, el dolor, la miseria —responde convencida.

—¿Esos jinetes son los que llegaron a la ciudad?, ¿son los zombis?

—¡Y vuelves tú con los benditos zombis!
—molesta.

Andrés duda, pero se atreve a preguntar:

—¿Uno de esos jinetes pudo dejar sin vista a MariaJó?

—No, eso fue el destino.

—¿O sea que existe una profecía que dice lo que nos va a pasar a todos nosotros? —tratando de comprender.

—Todos tenemos un destino marcado —asegura Custodia.

—¿Hacer filas en el supermercado es nuestro destino?

—Eso no es tan así...

—¿O sea que el divorcio con papá era cosa del destino? —sin dejarla hablar.

—Mmm... —duda—. Es más porque era un mujeriego.

—Y eso estaba escrito en su destino —asume, por lógica.

—Es distinto —dice con un tono fuerte, comenzando a disgustarse.

—Es que no entiendo —insiste.

—Duérmete, mejor.

Custodia apaga la luz de la lámpara. Andrés no deja de moverse de un lado al otro, no atina a

encontrar el lugar más cómodo para dormir. Custodia respira hondo, prefiere buscar su celular y con la luz de la pantalla trata de encontrar a su hijo que parece escabullirse por toda la cama.

—¿Tienes pulgas o qué? —pregunta con tono de ultimátum.

—No puedo dormir.

—¿Por María José? —mientras se arma de paciencia para abordar las nuevas preguntas del hijo—. Pero si al menos te hablé, eso es un avance.

—Mami, ¿y ese *Nostra... chuchuru* qué dijo exactamente de este año?

—Nostradamus —corrige conteniendo una risa.

—Ese señor, ¿era mago o brujo? —pregunta con franqueza.

—Que empezaría la Tercera Guerra Mundial.

—¿Y tú qué crees? —preocupado.

—Con todo lo que uno ve...

—Por eso en las noticias uno oye que todo el mundo no encuentra comida o que se anda matando... que si en Francia, en Estados Unidos, en la esquina de la casa o aquí en Mochica... En todos lados... ¿Eso no es una guerra?

—No, hijo, esta es peor —convencida, le toma la mano a su hijo—. Esta guerra será anunciada

cuando veamos un cometa cruzar el cielo. Pero no debes temer porque estás entrenado, yo llevo toda tu vida enseñándote lo que debes saber.

Andrés había aprendido de memoria que, en caso de alguna catástrofe natural, debía buscar el punto más alto a su alrededor y alcanzar la cima. Eso se lo repetía su mamá todos los domingos, al llegar del templo. Se reunía con un grupo de personas todas las semanas, y un profeta les contaba acerca de las nuevas teorías de los expertos. Después pasaban horas descifrando viejos calendarios indígenas, mensajes de la NASA y versículos de la Biblia con mensajes cifrados.

—Si hacemos las cosas bien, tendremos una esperanza —dice su madre llena de dicha y paz.

—¿De qué?, ¿de salvarnos? —buscando fe en algo.

—De llegar al Reino de los cielos —y con una sonrisa complaciente, le hace una caricia en el rostro—. No tengas miedo, ¿vale?, cuando empiece el fin, yo no te voy a abandonar.

Custodia le da un beso en la frente, lo acomoda entre las sábanas y apaga la luz del celular. Andrés tiene los ojos abiertos, aún más inquieto, y queriendo que su mamá se duerma. Voltea la cabeza hacia la ventana y se queda viendo el cielo

estrellado. ¿De qué le serviría llegar a la cima de ningún lado si de igual forma todo iba a desaparecer? Trata de unir las estrellas, como los puntos del cuaderno de dibujos que le daban en preescolar. Con la estrella polar de referencia, logra unir cada punto de la osa menor, y la rellena de fuego con su imaginación.

Andrés descubre que su mamá está dormida y sale a hurtadillas. Toma el celular, lo desbloquea para poder buscar en Internet toda la información que necesita sobre estrellas. Estas serían el punto de referencia con el que Andrés empezaría su propia profecía.

•

Cuando amanece en Mochica, unas lagartijas de color azul corren en las calles, entre las grietas del asfalto; los gallinas hacen su lluvia de plumas, entre los cujíes; y la hierba danzarina sigue el compás de la brisa de la mañana. Así lo notó Andrés al día siguiente, al salir junto al sol. Huye de los ronquidos de su madre y de la confusión que le generó la conversación de la noche anterior.

Baja a la cocina, se sirve un vaso de agua caliente con panela, a falta del café que no encuentran

desde hace meses. Se asoma a la ventana atraído por el sonido de un martillo. Ve al veterinario, al lado de una caja de herramientas, arreglando la rueda en la bicicleta de su hija. La tía Laura, cubriéndose con una ruana y dándose calor en los brazos, se asoma a la ventana al lado de su sobrino:

—Ese pobre hombre arregla que te arregla a la Tonina —afirma con tristeza.

Andrés sonríe al oír a la tía Laura llamar a la bicicleta por el nombre propio que le había puesto MariaJó. Le ofrece de su papelón, la tía niega con un gesto.

—Ojalá a martillazos se pudieran arreglar también los seres humanos.

Da media vuelta, abre la nevera, la revuelve. Saca un cuadro de queso duro, unas salchichas y un pan congelado.

—¡Carajo, cómo extraño un buen café! —lamentó antes de hacer el desayuno.

Andrés sale hasta la puerta. El veterinario deja la bicicleta prácticamente lista al lado de la entrada. Descubre al amigo de su hija. Lo saluda con un gruñido y lo despeina de forma cariñosa. Él le ofrece su papelón caliente, y Tomás acepta. Ambos se quedan viendo la bicicleta, sin saber cómo sentirse frente a ese objeto.

—Deberías darte un paseíto, Andrés, a ver si quedó buena y le saco algo de platica —dijo el veterinario, frustrado, antes de entrar a la casa.

Andrés se acerca a la bicicleta, le revisa las ruedas, le acaricia el manubrio, como quien se encuentra con una vieja mascota. Vigila a su alrededor y se atreve:

—¿Cómo estás, Tonina?, ¿nadie te habla ya, cierto?

Se sienta en la bicicleta. Prueba los pedales. Siente la brisa refrescando su cara. Oye el grillar de los *crisis*. Sonríe porque ese canto lo hace recordar que así llamaba MaríaJó a los grillos. Andrés se siente como esos insectos, chocando sus alas con sus patas, como si fueran a iniciar el vuelo.

Andrés apuesta al silencio, con tal de volar. Sin informarle a Custodia, sale pedaleando rumbo al campo. Cruza un trayecto de pavimento, en el que se divierte evadiendo a las atolondradas lagartijas. Se adentra en los caminos que hace la hierba, se confunde en medio de unos chivos que corren a su lado; al rato ve a unos campesinos transportando sacos de cebollas y a unas vacas pastar.

La Tonina llega con mucha dificultad hasta un descampado donde la tierra se hace lodo, las ruedas se estancan y Andrés se baja para sacarla

del barro. Le cuesta, pero cuando finalmente la deja a salvo, se resbala y cae sentado en el suelo. Antes que enfadarse le da un ataque de risa. Siente la humedad de la tierra al amanecer y, a manera de juego, comienza a clavar sus dedos en esa especie de arcilla, a aspirar su olor.

Su cabeza, distraída en el festín de los sentidos, empieza a distinguir la fuerza de una llamarama que lo abrasa. Es la culpa. Andrés está arrepentido, tiene miedo por haberle mentido a MaríaJó; aunque gracias a ese engaño consiguiera sacarle la primera palabra después del accidente. Andrés se había convertido en un refugio.

Pero si ella se entera de que el meteorito no existe, no se lo iba a perdonar. Él tiene buenas intenciones. Solo se está adelantando el desenlace, el definitivo. Se sacude la culpa. Sube a la Tonina, y acelera como si fuera una lagartija más.

•

Andrés llega a la puerta de la casa, sucio de lodo. Venía con tanta velocidad que debió frenar forzosamente para no estrellarse contra la pared. Procuró no hacer ruido y dejar a la Tonina recostada de la misma pared donde la había dejado el

veterinario. Está contento, el paseo le sentó bien, aunque ahora reza porque llegue el agua a la casa para poder bañarse. Desde hace un año viene un día sí, dos no. Y la electricidad le va siguiendo el mismo ritmo.

Se acerca a la puerta, cauto de que Custodia no lo encuentre en esas fachas. Antes de tocar, se asoma a la ventana que da hacia la cocina, al lado de la entrada. Las cortinas están abiertas. Parece que su mamá no anda cerca, pero MariaJó sí está sentada a la mesa. Siente un repentino vacío en el estómago. Le cuesta respirar, toma una bocanada de aire. Apenas se atreve a asomarse y observar: la tía Laura, afectuosa, le sirve un consomé que ella agradece con un gesto.

—¿Quieres que te ayude, mi niña?

—No, yo puedo, gracias —dijo entre cordial y disgustada.

MariaJó recorre la mesa con sus manos, alrededor del plato, y la tía Laura le acerca silenciosamente la cuchara hasta sus dedos. Ella la consigue, y con mucha cautela, comienza a sumergirla en el plato y acercarla a su boca. Tiembla, pero trata de mantener el control. Laura se limpia una lágrima con el trapo de cocina y se levanta a voltear la tostada del pan congelado que estaba calentando.

—¿Quieres un pancito con queso? —pregunta Laura a su hermana.

Andrés se sobresalta. Custodia aparece inesperadamente al otro lado de la ventana. Ve con desconfianza a su hijo, que se mantiene del lado opuesto del vidrio.

—¿Dónde estabas metido?

Él mueve las manos, intentando explicarse, pero Custodia saca los ojos de su órbita al verlo manchado de tierra.

—¡Andrés, estás mugriento!, ¿tú acaso no sabes que hoy no llega el agua y el tanque está vacío? No sé cómo vas a hacer, pero te me lavas ya.

—Pero mamá... —mientras le suplica con los ojos que no lo hiciera quedar mal frente a MariaJó.

—¡Mamá nada! Cuento tres y llevo dos.

—¿Es Andrés?, ¿dónde está? —pregunta MariaJó, azorada.

—Afuera, como un harapiento —dice la mamá, molesta.

—Anda, ven. Desayuna conmigo —le pide MariaJó, casi en ruego.

Andrés siente que su corazón le sale disparado por la boca como en cañón de circo. Tiene miedo de caer, sin vida, en medio del campo frente a la mímica furtiva de la madre que lo llena de

amenazas silenciosas. Andrés da por entendido que su mamá le perdona bañarse porque MaríaJó le pide acompañarlo.

—Lávate las manos con ese tobito y te sientas, ¿quieres un pancito? —le ordena Custodia.

Él afirma con un gesto temeroso. Luego obedece. Se lava las manos con un poco de agua almacenada en un tobo y se sienta temiendo lo peor. La mirada furiosa de su mamá era lo más parecido a uno de los jinetes del apocalipsis.

MaríaJó termina el consomé con más seguridad que al inicio, aunque haya dejado un pequeño pozo en la mesa alrededor del plato. Andrés no deja de verla a los ojos, buscando encontrarla.

¡Ay, MaríaJó, con esos ojitos color papelón!

Custodia da pataditas bajo la mesa y llama la atención de su hijo. Ahora lo reprende con los ojos por ver a MaríaJó de esa forma. La tía Laura, mientras retira los platos, sonrío por ver a su hermana peleando con el hijo.

—¿Puedo retirarte el plato, mi niña? —le pregunta Laura, de forma amable.

Ella afirma y Laura levanta el plato, llevándose consigo a su hermana para que la ayude a lavar la loza. Andrés, al verlas alejarse hacia el tobo de agua que estaba en el fregadero, sintió que

empezaba a faltarle el aire. Se estaba quedando a solas con MariaJó, y debía mantener su historia del meteorito. Él, que no sabía mentir. Pero volvió a convencerse de que hacía lo correcto. Si ella le había pedido ayuda después de su pequeña invención, ahora no podía abandonarla.

Ella tantea la mesa y le toma la mano. Un escalofrío recorre todo el cuerpo de Andrés, pero antes de sentirse desvanecer, un ladrido de Rolf que aparece para saludar, lo trae de vuelta a la tierra. Se suelta inmediatamente para acariciar al perro y hacerle todas las morisquetas que MariaJó había dejado de hacerle.

—Andrés, ¿está cerca?

—¿Quién?, ¿Rolf? —sin entender la pregunta.

—El meteorito.

Andrés traga grueso.

—Ayer no dormí pensando en eso. Me dio miedo por mi papá.

—¿Por qué? —Se extraña ante la respuesta. Andrés había crecido ignorando la palabra papá. Nunca lo había contemplado como parte de la humanidad. No pensaba en si él estaba preparado, si tenía suficientes medicinas, si sentía miedo, si era un hombre de fe, o si pensaba en él. Apenas si recordaba el tono de su voz.

—No quiero que el mundo se acabé y que él desaparezca triste.

Andrés tampoco consideraba la tristeza de su padre.

—¿Y no sentiste miedo por ti? —pregunta Andrés mientras fija su mirada en su mamá.

—Para mí es mejor... no lo sé —confundida.

—¿Por qué dices eso tan feo? —acusa Andrés.

—Yo no sé si deje de estar triste algún día...

Andrés sintió aún más culpa.

—...Pero ayer me gustó que me contaras la verdad —se nota el agradecimiento en su rostro—. Yo sé que todos están guardando el secreto para no preocuparme.

—No precisamente.

Ella vuelve a apretarle la mano, esta vez al primer intento. Él se impresiona. Rolf se acerca para lamerles las manos a ambos. MaríaJó sonríe por el cosquilleo que le produce la lengua del perro en su mano. A Andrés le gusta mucho descubrirle esa pequeña risita, aunque fuera en contra de su propia voluntad. Así que, a riesgo de equivocarse, acudió a los recursos del profeta al que su madre oía todos los domingos en la mañana.

—Se llama Vega —improvisa Andrés.

—¿Quién? —sin entender de lo que habla.

—El meteorito. Es una de las estrellas de una constelación.

—O sea que no es un meteorito, sino una estrella —sorprendida.

—Es un cuerpo estelar, también lo llaman el valor cero. Sirve de ejemplo para comparar a todas las demás estrellas —recordando lo investigado la noche anterior.

—¿Y para cuándo...? —y hace un gesto de estallido con la mano.

—No han dicho.

—¿Cómo sabes todo eso? —extrañada.

—Las noticias. Twitter. Los profetas —dijo Andrés por salir del paso.

MariaJó guarda silencio. Maneja la frustración tomando aire. Se atreve.

—¿Saliste con la bicicleta?

Andrés no sabe qué responder. MariaJó insiste, con los ojos llorosos.

—¿Está allá afuera?, ¿quién la trajo?

—Nadie. Allí no está la Tonina —prefiere mentir ante su incómoda reacción.

MariaJó se levanta. Brusca.

—¡Mejor!... —zanjando el tema—. Quiero salir, ¿me acompañas?

Andrés aceptó.

Era la primera vez que él sumaba algo, aunque fueran mentiras.



V

EL DESHIELO





MariaJó y Andrés se alejaron unos pocos metros de la casa. Se internaron juntos en el campo, bajo las quejas preocupadas de Laura, Custodia e incluso de ella misma que temía estar muy lejos. Con la ruana de la tía Laura de almohada, él la invitó a que se acostara de cara al cielo. Sentían el calor en sus caras. Con los ojos totalmente abiertos, pareciera que MariaJó tuviera el súper poder de enfrentarse al sol. Por el contrario, Andrés tenía que entrecerrarlos, para que no le picaran.

—¿Puedo preguntarte algo? —interroga ella, tras un suspiro triste.

—Sí —afirma temeroso.

—¿Está sobre nosotros?

—¿Qué? —sin entender.

—Vega. ¿Dónde está?

Andrés lo piensa brevemente. Niega con un gesto, molesto consigo mismo ante su incapacidad de decirle la verdad. Le toma la mano. La dirige hacia un punto del cielo. Señala una nube en forma de elefante danzarín que pasa sobre sus cabezas.

—¿Ahora puedo preguntarte algo yo? —se atreve Andrés.

MariaJó afirmó.

—¿Qué ves?

Ella suelta su mano. Molesta.

—O sea, ¿es todo negro?

MariaJó niega con la cabeza. Contesta: —Hay como destellos, figuras. Es como si la luz jugara conmigo.

—¿Y en las noches?

—Es igual. Creo que tampoco veré más nunca a la oscuridad.

Andrés tiene una idea. Se le acerca al oído.

—¿Cómo que no? ¡Vamos, sígueme!

Ella no entiende mientras que él empieza a darle indicaciones al oído.

—Aprieta los ojos. Ciérralos muy duro.

—¿Sí? —MariaJó sigue las instrucciones, sin entender.

—No los vayas a abrir. ¿Qué sientes?

—Lo mismo.

Andrés toma la ruana, se la pone encima, tapándola por entero.

—¿Qué haces? —pregunta asustada.

—Confía en mí. Clava los dedos en la tierra.

—Pero está mojada...

—Hazlo.

Desconfiada, comienza a clavar sus dedos de la mano izquierda en la tierra. Siente la humedad, primero fría, que se va haciendo tibia en cuestión de segundos. Le da grima. Ella no entiende lo que intenta hacer.

—Ahora piensa en la noche —concreta Andrés—. ¿Te acuerdas de la oscuridad? Es como si estuvieras acostada, a punto de dormirte, escondida bajo las sábanas.

MariaJó reprime un quejido, proveniente del llanto.

—¿Sigues viendo los destellos?

Ella afirma, controlándose. Él se le acerca, en tono chistoso.

—¡Allí nada que hacer! ¡Esa es la luz de la luna!... ¿Quién te manda de floja a acostarte sin cerrar la ventana?

Y el llanto se quiebra en una discreta y breve risa, repentina, que Andrés sintió como un temblor en las calles del pueblo.

•

El lunes, MariaJó se encerró en el cuarto todo el día. El veterinario, que la acompaña, sale

únicamente al mediodía para conversar con Custodia en la cocina mientras Laura le improvisa un rápido almuerzo al padre y a la hija.

—Laura, deja que me encargo yo. Lo digo en serio —suplica el veterinario.

—Esto es mal de familia, Tomás. Aunque toque improvisar, en esta casa no se pasa hambre —mientras ve de reajo a Andrés, que pasa por tercera vez a través de la cocina.

—Además que has tenido días muy duros, déjate consentir —insiste Laura.

Tomás agradece con una media sonrisa y, de forma intempestiva, estalla a llorar en la mesa. Custodia, conmovida, le toma las manos, se las aprieta con fuerza. Andrés, quien se disponía a iniciar el cuarto paseo por la cocina para seguir enterado de la conversación entre los adultos, se quedó paralizado en la puerta de la entrada. Nunca había visto a un adulto llorar, ni a su mamá, a menos que fuera en las películas, las telenovelas o en las noticias. Y la idea de su padre volvió a aparecer como la ola gigante de un maremoto que borró todos los demás pensamientos. ¿Él también llora?

—Yo no sé qué más decirle. No deja de lamentarse. Me repite a cada rato que es el fin del mundo, que todo se acabó —les cuenta Tomás entre quejidos.

Laura, con mirada regañona, advierte a Custodia que no cuente ninguna de sus predicciones. Andrés aprovecha esta distracción en la vigilancia materna, para dar sigilosamente unos pasos hacia atrás y perderse de vista en la sala. Se va acercando a las escaleras, y piensa en huir antes de que su madre sospeche lo que está pensando, pero el sonido seco de las tuberías irrumpe por toda la casa.

—¡Andrés, llegó el agua, ayúdame a recoger que esto dura nada! —grita Custodia mientras se levanta de la mesa y mira a su hijo a través de la sala, como si nunca lo hubiera perdido de vista. Andrés, cabizbajo, se acerca a echarle una mano.

—¿Será que le busco un psicólogo? —pregunta Tomás.

—¿Sabes cuánto te va a costar eso? —le pregunta Laura mientras se sienta a su lado. Con un gesto tosco, le seca las lágrimas con el paño de cocina—. Sería muy útil, pero como está la situación, debes ahorrarte gastos. ¡Nada más mira el dinero que gastaste en medicinas!

—Y eso con las que pudiste conseguir, que el pobre don Casimiro está que cierra la botica con tanta escasez —dice Custodia mientras Andrés llena una olla de agua que sale sucia de tierra al

principio. Él se la enseña, ella niega, se la quita y la echa en el lavaplatos mientras murmura:

—Si esto no es el fin del mundo, no sé qué es.

Andrés traga grueso. Laura suspira fuerte, molesta con su hermana, y le toma el rostro al veterinario:

—A ver, Tomás, tú eres fuerte. Deja que la niña se desahogue.

—Al menos lo hace contigo, que eres su papá —afirma Custodia.

—¡Exacto! Tú, cuando sientas que estás al borde, vienes y estallas con nosotras —insiste Laura.

—Gracias... Y ahora me imagino que hay que encender el tanque para que se llene, ¿cierto? —dice Tomás, tratando de sacudirse la tristeza.

—¡Madre mía, el tanque! —corre Custodia a encenderlo, y le deja una olla pesada a Andrés que le cuesta sostener.

Tomás se levanta corriendo, y ataja la olla antes de que se le resbale de las manos:

—A ti también debo darte las gracias por ayudarme con MariaJó.

Andrés, colmado de remordimientos, considera que confesar es una opción. Contarles toda la verdad sobre el meteorito que se inventó, pero cuando ve llegar a Custodia dando palmadas, apurándolos, no

quiso decepcionarla. Si su mamá tenía razón, el mundo igual acabaría antes o después. Era mejor seguir con esa dinámica aprendida de orquesta para recolectar agua y seguir apoyándose.

•

El martes, MariaJó se prometió no abrir los ojos al despertar. No los abriría durante todo el día. Está exhausta de pasar las veinticuatro horas creyendo que vive atrapada en una pesadilla. Todas las mañanas, desde que había salido del hospital, despierta con la esperanza de que si los abre lentamente dejará de ver esas manchas inconexas y empezará a reconocer las motitas de polvo que vuelan en el aire, hasta distinguir, al fondo, la lámpara que cuelga del techo.

Se escurre de forma torpe por el colchón, con los ojos bien cerrados y sin hacer ruido. No quiere despertar a Tomás que seguramente está dormido en algún rincón del cuarto. Se acurruca en el suelo, abrazándose a sí misma, para llorar en un ángulo donde no puedan verla. Quiere dejar de sentir esa tristeza, pero parece que el sentimiento acude como su enfermera desde el accidente. La atiende, la abraza, la acosa a preguntas.

Recuerda con desagrado la última imagen que alcanzó a ver antes de caer de la Tonina, y piensa si es prudente contarle a Andrés. Es suficiente con Vega sobrevolando la Tierra para atormentarlo también con el ataque zombi. Le cuesta creer que Custodia hubiera tenido razón todos estos años, pero no tiene ni forma de comprobar ni fuerzas para luchar contra lo inminente: los últimos días habían llegado. Esto la lleva a buscar maneras de recrear, en su cerebro, la imagen del meteorito que nunca ha visto y atina a pensar en la luna con su luz plateada; esa misma que hace dos días Andrés le hizo revivir.

Las lágrimas le pesan en los ojos, y no tiene más remedio que romper su propia promesa y abrirlos. Siguen estando las manchas. Lloro, a su pesar. Se siente como aquella tubería rota de la calle principal de Mochica que tardaron cuatro meses en arreglar, por la que salía agua día y noche, bajo el sol y la lluvia, en momentos de sequía. Tomás se despierta de un sobresalto, y busca a su hija explorando rápidamente por toda la habitación. La encuentra detrás del colchón y corre a abrazarla.

—Yo te juro que no quiero sentirme más así —insiste MariaJó.

—¿Cómo? —preocupado.

MariaJó no iba a confesarle que sentía el mismo vacío de cuando murió su mamá, ni que estaba aliviada con la presencia de Vega. Tomás no sabe qué decirle y guarda silencio. Ella siente rabia, quiere ver la cara de su padre, imaginar lo que está pensando. Mueve torpemente sus manos y acaricia su barba rasposa de varios días sin afeitarse. Cierra la mano, la aparta, como si percibiera algo de corriente. Esta es una sensación nueva, inexplicable. Su papá, desde que era chiquita, tiene la piel del rostro lisa y con olor a eucalipto, de afeitarse a primera hora. Siente curiosidad por esa impresión al tacto. No le da grima, como con la tierra húmeda. Tal vez, aparte del vacío en el pecho, así también puede sentirse la tristeza.

—¿Cómo puedo ayudarte? —le pregunta Tomás mientras le toma la mano.

Ella ahora siente un calor suave. Con la yema de los dedos, acaricia los pliegues de la palma. En esa otra textura hay alivio. La compara con la mesa de madera de Laura que tantea para buscar los cubiertos al comer; o la tierra alrededor del cactus en el consultorio veterinario, que cuando se seca demanda agua. MariaJó lo acaricia con ternura. En esa cercanía, lo redescubre de forma distinta. Su papá es más que una imagen, es forma, texturas, temperaturas, sensaciones.

—¿Estás bien? —pregunta el veterinario, preocupado.

MariaJó afirma, visiblemente emocionada. Y esta vez ella toma la iniciativa, lo abraza tan fuerte, que no hay espacio para el miedo dentro de la habitación.

•

El miércoles, Andrés se despierta con el hambre cantando la quinta sinfonía en su estómago. La noche anterior habían cenado una sopa con las pocas cosas que les quedaban en la nevera. Trata de no despertar a su mamá y se levanta con la agilidad de un gato. Se pone los pantalones, abre la puerta lentamente y sale al pasillo; camina descalzo frente a la puerta de MariaJó y la ve entrea-bierta. Sigue de largo, pero antes de bajar las escaleras, retrocede víctima de la curiosidad. Se asoma por la rendija, y ve a Tomás sentado, durmiendo en una posición incómoda, mientras abraza a su hija. Vuelve a pensar en su padre. Suspira y se aparta de la habitación. Baja con cautela cada escalón y se dirige a la nevera. Abre, se da cuenta de que está vacía. Quedan apenas algunas hortalizas. Toma una zanahoria, la lava en un movimiento rápido dentro

de uno de los tobos de agua, la limpia bruscamente con un cuchillo y empieza a comerla.

Asomado en la ventana de la cocina, contempla cómo sale el sol por la parte de atrás de la montaña. Muerde nuevamente la zanahoria y sonrío. Saca la lista arrugada del bolsillo, toma un lápiz de la mesa y tacha apoyado contra la pared: «ser vegetariano». Da otro mordisco, saborea lentamente. Piensa de nuevo en su papá. ¿Será vegetariano? Duda, y como si le costara, escribe una nueva misión, pero un sonido seco lo saca de sus cavilaciones. Al segundo ruido, se asusta. Atragantado con la zanahoria, guarda la lista. Teme que sea Custodia y se esconde debajo de la mesa. Tiene prohibido tomar comida sin avisarle antes a la tía Laura. Espera unos minutos, hay más ruidos dispersos en la sala. ¿Y si fueran los zombis? Levanta un poco el mantel. No ve nada. Contiene la respiración, ¿qué puede ser peor? Custodia transformada en zombi. Reza en un susurro el *Jesusito redentor* hasta ver los pasos desorientados de MaríaJó que llegan hasta la cocina.

—Andrés, ¿estás aquí? —pregunta ella.

Se sobresalta. Se golpea su cabeza con el tablón de la mesa. La ve pero igual no responde. Deja caer el mantel, y se mantiene a resguardo.

—Por favor, sácame de aquí.

MariaJó no quiere volver a pasar el día en su cuarto, pensando en milagros. Andrés, libre de zombis, sale de su escondite, tembloroso, y se acerca.

—¿A dónde vamos? —le pregunta.

Emocionada, tantea con las manos en el aire. Él se le acerca, para que lo descubra más rápido. Cuando distingue su brazo, se le amarra.

—Quiero saber cómo se siente el amanecer.

Andrés sirve de bastón humano para MariaJó. Ella, posa su mano en el hombro de él, y sigue todas las indicaciones que le da al abrir silenciosamente la puerta de la casa. Sin el permiso de Custodia y Tomás, salir es una misión suicida. Tienen solo media hora, antes de que se despierten en casa. Fuera, le ayuda a distinguir la cerca que separa el patio del huerto de los Barboza. MariaJó palpa con sus dedos, la tibia cabeza de los clavos que sobresalen de la madera y su olor metálico. Andrés le recuerda que ella llamaba *claquitos* a los clavos. Luego le enseña que si camina en medio del gallinero no va a pisar a ninguna de las gallinas, a las que también llama *rufianes*, porque son bastante cobardes y se apartan a cada paso humano. Finalmente la conduce hasta la cabeza de una mula, o como ella bautizó: *orejiempunta*, para que

la acaricie e identifique con sus manos la diferencia entre la parte de adelante y sus patas traseras.

—No queremos que una mula te patee —dice riendo Andrés.

—Cierto, es mejor no morir antes de tiempo.

Andrés, ante este tipo de humor negro, siente la punzada de la culpa. Dejan de conversar, y entran de vuelta a la casa para que nadie note su ausencia.

•

El jueves, se sentaron junto a una mesa con cartones de huevos, afiches de las últimas campañas electorales, revistas viejísimas, colores y tijeras que Andrés había recolectado y conseguido con ayuda de la maestra Lila en la escuela rural. Él, con mucha paciencia, ayudó a MaríaJó a cortar formas de papel. El primer triángulo fue un cuadrado, y lo que sería un círculo terminó siendo el trozo de un rectángulo. Ella, al principio, se siente frustrada por no poder tener el control en su recorte. Por eso empujó todo, y se cruzó de brazos. Pero Andrés, sin levantarse, tuvo una idea:

—No vas a rendirte. Espera. Voy a ponerme en tu misma situación.

Tomó el trapo de la cocina, lo amarró ante sus ojos y se acercó torpe hacia ella. Se tropieza con

la silla, y prácticamente se cae. Rolf ladea la cabeza y soltó un bufido sin entender lo que estaba pasando. Andrés buscó las manos de MariaJó, y las atrajo hacia su cara.

—¿Ves? Llevo una venda en los ojos. El primero que lo logre, gana.

MariaJó sonrió silenciosa, tomó una tijera con torpeza y ambos empezaron a recortar alguno de los afiches. A los minutos ella confesó, sin dejar de trabajar:

—¿Sabes? El día del accidente yo estaba buscando cartulina...

—¿Para qué? —pregunta curioso.

—Para tu regalo de cumpleaños —lo expulsa en un hilo de voz—. Por cierto, ¿felicidades?

Andrés sintió cómo el trapo se empezaba a humedecer. Está llorando, pero no es capaz de quitarse la venda de los ojos, porque él se prometió que no lloraría ante ella. Así que carraspeó, tratando de controlar su voz quebrada.

—¿Y qué me estabas haciendo?

—Los *walkie talkie* caseros que querías. Para estos días.

—¿Y eso no es como imposible de hacer?
—duda Andrés.

—Valía la pena intentarlo.

Entonces MariaJó dejó sobre la mesa su nueva obra de papel. Tenía la forma de un meteorito. Andrés se quitó el trapo para verla.

—¿Se parece a Vega? —preguntó emocionada.

—Como si lo estuvieras viendo.

Ella, de repente, se apretujó los dedos de las manos. Habló nerviosa.

—Ese día también vi a mucha gente saqueando comida de un camión.

—Sí. Nos contaron que fue cerca del accidente.

—Parecían esos zombis que tú me contabas.

—Los zombis no existen —afirmó poco convencido.

—Claro que sí. Como los meteoritos. Al final tu mamá tiene la razón.

Andrés se levantó, más molesto que asustado.

—¿Dónde estás? —preocupada.

—Aquí.

—¿A ti no te asusta esto? —le confiesa ella.

—No... No sé. Quizás ya me acostumbré. Al menos tú tienes un papá que te cuida —responde, frustrado.

—Y tú una mamá que te dice la verdad.

MariaJó se apartó de la mesa, y salió de la cocina trastabillando. Rolf corrió hacia ella para resguardarle los pasos. Andrés sabe que cometió

un error, movió una de las sillas con fuerza, y se quedó viendo el meteorito de papel.

•

El viernes, Andrés se quedó solo en casa mientras MariaJó, la tía Laura y Custodia iban a la bodega por ingredientes para el almuerzo. Pasó toda la mañana comiéndose los cueritos de los dedos, aterrado de que MariaJó preguntara acerca del fin del mundo y descubriera su mentira.

Para ocupar su cabeza, revolvió el cuarto de MariaJó hasta que encontró en una maleta los *walkie talkies* a medio hacer. Andrés pasó horas revisando los circuitos, uniendo claves, probando la frecuencia, tratando de entender cómo culminar la tarea. Se frustró, no había forma de hacer útil esos *walkie talkies*.

Al dejarlos de vuelta en la maleta, encontró debajo de la cama de MariaJó su bitácora. Se estiró para recogerla, curioso. Apenas la abrió, detalló los dibujos y todas aquellas palabras raras con las que volvía a nombrar a las cosas. Pensaba que la había perdido. Le hizo recordar a la MariaJó antes del accidente, aquella más alegre que inventaba cosas. Por eso, aprovechó la oportunidad para memorizar

algunas palabras nuevas, en caso de dar otro paseo. Apenas oyó la puerta, dejó la bitácora sobre la cama y corrió despavorido hacia la entrada, pero Rolf lo detuvo a medio camino abalanzándose sobre él para lamerle la cara. Andrés lo apartó como pudo, y siguió para ver a las tres mujeres conversando.

—¿Cómo les fue?

—¡Fue un trajín! ¡Esas colas de gente, los precios por las nubes... y que no se consigue nada! —se queja tía Laura.

—¡Pero fíjate que Feli nos encontró una lengua! —cuenta Custodia, con un dejo de emoción.

—¿Feli? ¿El «don» dónde lo dejaste? Umjú. ¿Y esas confiancitas? —comenta una pícara Laura.

—¿De vaca? —pregunta con asco Andrés, ignorando a su tía. Menos mal que según su lista, ahora era vegetariano.

—Riquísimo —contesta con sarcasmo MariaJó.

—El guiso de mi hermana es increíble, así que quiten esas caras y busquen oficio —remata una sonrojada Custodia que quiere dar por terminada la discusión.

—¿Puedo ayudarles a picar algo? —sugiere una temerosa MariaJó.

Laura y Custodia se ven a la cara, dudosas.

—Yo la ayudo —salta a decir Andrés.

Ellas aprueban, pero con temor. Andrés saca la tabla. Su mamá le pasa unos tomates que acaba de lavar con agua del tobo y él, aún nervioso, empieza a picar. MariaJó está de pie, a su lado, esperando que la dejen hacer algo. Se impacienta al oír el golpe del cuchillo en la tabla.

—Oye, yo no sabía que tu mamá se llevaba tan bien con don Feli.

—¿Por qué lo dices? —pregunta extrañado.

—Eso fue risa y risa. A lo mejor te consiguen un papá nuevo.

Andrés da otro golpe del cuchillo contra la tabla, aún más fuerte, que la hizo apartarse un poco.

—¿Sabes lo más raro? ¡Todo el mundo se quejaba de algo! Pero nadie habló de Vega.

Andrés sigue picando, tenso, y ella hace un fuerte carraspeo, esperando que la dejara seguir. Finalmente entiende y deja el cuchillo sobre la tabla. Acerca a su amiga. Ella, brusca, trata de encontrar el cuchillo. Él toma su mano antes de que se corte, y le va explicando lo que debe hacer. Ella se suelta.

—Déjame intentarlo.

MariaJó empieza a cortar. Andrés trata de darle recomendaciones, pero ella no quiere distraerse

y sigue moviendo el cuchillo con torpeza. En el momento de acabar con el primer tomate, se corta el dedo pulgar. Ella deja caer el cuchillo, asustada, impresionada. Andrés le toma la mano para ver, pero ella no deja de moverse, inquieta.

—¿Qué me pasó?, ¿hay sangre?, ¿fue mucho?, di algo, Andrés.

Le aparta la mano a Andrés, mientras que se acercan Custodia y la tía Laura. Tratan de verle la mano. MariaJó se obligaba a dirigir los ojos hasta la herida, pero todos entendían que era incapaz de ver su dedo ni la sangre.

—Mi niña, cálmate —trata de tranquilizarla la tía Laura.

—Soy una inútil.

Lanza la tabla contra el lavadero y se va, apoyándose con dificultad de las paredes y dejando manchas rojas por la casa. Llegó hasta su habitación, y lo último que sonó fue el portazo, que acabó con el almuerzo.

•

El sábado, MariaJó había recaído de nuevo. Estaba encerrada en su cuarto. A cada golpe que dan a la puerta, ella lanza algún grito pidiendo que

la dejen a solas. Tomás sale a atender una emergencia vacuna, pero Andrés y Rolf insisten toda la tarde, dan golpecitos en la puerta cada quince minutos. A las cinco, Andrés baja a comer unos sémucos en la cocina, frustrado. Laura, cansada de luchar con la tristeza, decide insistir y hacer finalmente la lengua. Enciende la radio:

—¡Ya no más con este silencio!

En la radio daban un especial de Rocío Dúrcal. Laura fue feliz y comenzó a cantar las canciones como si se las estuviera dedicando a alguien. Custodia, que venía entrando con una bolsa de la bodega de don Feli en las manos y una extraña sonrisa, dejó las llaves y el celular en la mesa y empezó a cantar con su hermana.

Andrés, al verlas, recordó el punto cinco de su lista de cosas por hacer. Así que aprovechó la distracción para tomar de la mesa el celular de la mamá. Le subió más volumen a la música, incitándolas a seguir cantando. Y corrió escaleras arriba mientras el locutor anunciaba que la próxima canción sería *Luz de luna*. Andrés buscó la letra en el celular, y se fue preparando con Rolf que no dejaba de seguirlo en ningún momento.

—Lo siento, Rolf, sé que no es lo tuyo, pero tocó.

Andrés bailó los primeros acordes de la canción frente a la puerta de la habitación de MariaJó. Comenzó a seguir la letra a destiempo, descoordinado, como leyendo rápido:

—«*Yo quiero luuuuz de luna, para mi noche triste, para pensar divina la ilusión que me trajiste, para sentirte mía, mía tú como ninguna, pues desde que te fuiste, no he tenido, luz de luna...*»

Del otro lado de la puerta, MariaJó no podía creer lo desafinada que era la voz de Andrés. Soltó la almohada y se sentó en el borde de la cama.

En la cocina, Custodia y la tía Laura se miran con espanto al oír los alaridos de Andrés. Suben, y lo descubren cantando frente al cuarto, bailando solo. Rolf lo sigue, y combinaba ladridos y aullidos en el coro. Su mamá, como ya es costumbre, lo reprende con la mirada, pero Andrés la reta cantando más fuerte. La tía Laura, que solo quería estallar de la risa, decidió unirse al canto de su sobrino:

—«*Si ya no vuelves nunca, provincianita mía, a mi senda querida, que esta triste que esta fría, que al menos tu recuerdo, ponga luz sobre mi bruma...*»

MariaJó se levanta, impactada, y se acerca a la puerta. Coloca su oído en la madera, quiere oírlos mejor. Siente el frío de la puerta, la textura en sus surcos.

Custodia, niega con un gesto, parece que va a estallar. Tía, sobrino y mascota siguen con la serenata, entusiasmados, siguiendo la letra en el celular. La canción estaba llegando a su final, y Custodia se animó a darle una sorpresa a la familia. Con la inesperada y potente voz de su garganta, puso el broche final a la serenata:

—«*Luz de lunaaaaaaaaaaaaaa*».

Laura y Andrés aplauden enérgicos, felices. Custodia los abraza, sonrojada. Los cuatro siguen en su danza, de un lado al otro, como si fueran los borrachitos que salen al amanecer del bar de don Antonio. Al terminar la canción, los tres ríen satisfechos, mientras que Rolf salta entusiasmado pidiendo otra.

El locutor los preparaba para una nueva canción, la tía Laura bajó corriendo al recordar que tenía la lengua en el fogón. Custodia le quita el celular a su hijo, negando con un gesto, pero incapaz de reprenderlo. Va detrás de su hermana y le baja el volumen a la música.

Andrés y Rolf sienten el silencio de nuevo en la casa, como un golpe bajo. De repente, suena el clic de la puerta de MaríaJó, se mueve el pomo.

—Rolf, ven —oyen desde dentro del cuarto.

Andrés vio la puerta a medio abrir. Rolf elevó las orejas, movió la cola y entró feliz con su

dueña. Ella, en segundos, cerró la puerta, pero él estaba satisfecho.

Había tachado un punto más de su lista. No había cantado precisamente con MariaJó, pero era como si hubieran bailado juntos por toda la casa.

Lo que para Andrés antes era una resta, ese día se transformó en ganancia.

•

El domingo, Andrés se levanta de la cama a las seis de la mañana para ir al baño. Titirita del frío mientras camina y se restriega los ojos. Al pasar frente a la habitación de MariaJó, balbucea el ritmo de la canción de Rocío Dúrcal. Algo llama su atención, la puerta está abierta y no hay nadie en el cuarto. Se preocupa tanto que se le quitan las ganas de seguir al baño y se regresa a su cama. Tras él, entra Custodia que termina de arreglarse frente al espejo. Su hijo la mira con extrañeza. Aún más cuando se perfuma con ese olor a gardenias que usa solo en ocasiones especiales.

—¿Hoy nadie durmió? —pregunta, capcioso.

—Yo voy a buscar algo de harina a la bodega de Feli.

—¿Otra vez? —celoso.

—Eso no es asunto tuyo.

Andrés tuerce los ojos. Se arma de paciencia.

—¿Y MariaJó?, ¿Por qué no está en su cuarto?

Custodia se molesta:

—¿Qué haces entrando al cuarto de las señoritas mientras duermen, ah?

—Es que...

—¡Que no se repita, Andrés! ¡No seas irrespetuoso!

—Pero dónde está —insiste.

—El papá se la llevó a dar un paseo. Ojalá le haga bien a esa niña. Está muy triste.

Andrés, más que tranquilizarse, se queda petrificado al oír la noticia.

—¿Y esa cara?, ¿qué hiciste ahora? —pregunta la capciosa Custodia.

—Nada —niega con un gesto tan fuerte que parece dislocarse el cuello.

—Andrés: no quiero más disgustos —advierte.

Él trata de evitarlo, pero su mente no puede dejar de imaginar en cómo serían los paseos con su papá. ¿A dónde irían? ¿Él podría quitarle la tristeza? No podía más. Llevaba días con esa idea como un topo rondando en su cabeza. Cierra los ojos, temeroso, y se atreve: —Má... ¿qué sabes de mi papá?

Custodia, que pasó años preparándose para esa pregunta, no sabía aún que decirle. Tras un parco silencio, reacciona:

—Se fue lejos.

—¿Por qué?, ¿no le caíamos bien? —sin entender.

—Es más complicado. Sabes que a él le gustaba probar de aquí, de allá.

—Sí, que era un mujeriego... pero ¿por qué nunca me llama?

—Toca preguntarle a él.

—¿Tienes su teléfono? —se arriesga a preguntar.

Custodia duda. Aspira fuerte, como cuando va a iniciar un regaño. Busca en su teléfono. Abre el contacto, y se lo entrega al hijo. Andrés, que no esperaba esa respuesta tan directa, tiembla con el celular en las manos. Suda. No es capaz de sostenerle la mirada a su madre, y se pierde en la imagen de Cristo crucificado que cuelga justo en la pared de atrás. ¿Recordaría también su tono de voz? Se arma de valor, y aprieta intuitivamente el botón verde de llamada sin dejar de ver la figura en la pared.

Repica.

Andrés traga grueso.

Custodia, al contrario, no teme. Se aferra a su fe. Se siente libre de deudas. Piensa que es una prueba final. Repasa en su mente las respuestas que encontró en la iglesia, en el profeta y los misterios del Universo que le fueron revelados.

Vuelve a repicar. Atienden.

—¿Quién es? —dice una voz familiar del otro lado del teléfono.

—¿Papá?

—Estás equivocado —extrañado.

—¿E... Es Alberto? —insiste.

Ella entrecruza las manos, en señal de oración, mientras observa a su hijo.

—Sí, pero yo no... —guarda silencio, cae en cuenta: —¿Andrés?

A Andrés se le llenan los ojos de lágrimas, y comienza a ver borrosa la cruz. Es como una mancha. No le gusta esa sensación. Así debe sentirse MaríaJó.

—¿Te acuerdas de mí? —se le quiebra la voz.

—¿De dónde sacaste mi número? —nervioso.

—Me lo dio mamá.

—Custodia es tremenda loca. ¿Sigue con el apocalipsis? —sarcástico.

Andrés no se atreve a decir nada. Se le caen los lagrimones.

Ambos comparten un desagradable silencio. Segundos después, se oye la incómoda voz de Alberto que advierte de forma paciente:

—Chamín, no vuelvas a llamar. Es que ya no estoy cerca, ¿ves? Y si ella lo que quiere es pedirme plata, no puedo ahora. Con la crisis. ¿Sí me entiendes?

Andrés no sabe qué responder.

—Suerte.

Lo que vino después fue el sonido de quien acaba de colgar.

Andrés le devuelve el celular a la mamá, en absoluto silencio.

—¿Estás bien? —le pregunta su madre.

Comienza con un gesto afirmativo que se transforma en una negación.

—¿Quieres hablar? —insiste ella.

Niega, rotundo.

—Después —atina a contestarle.

Camina fuera del cuarto. Se dirige al baño y Rolf, que corre detrás de él, alcanza a entrar antes de que este se encierre. Busca la forma menos incómoda de sentarse en el suelo, sin ganas de reñir con el animal que se acomoda a su alrededor. No quiere pensar. Siente una presión en el pecho, como si los polos finalmente se hubieran derretido y no hubiera montañas para protegerlo. Saca

su lista arrugada del bolsillo y borra, con rabia, el último punto que había anotado: «despedirse de papá».

VI

METEORITOS





Los siguientes cuatro días fueron de altibajos para MaríaJó. Tomás y Rolf eran los únicos seres a los que ella les permitía entrar en su cuarto. Y por las noches, en secreto y con la puerta cerrada como un muro de contención, se tumbaba en el suelo a oír las novedades de Vega en boca de un impetuoso Andrés que, sentado al otro lado, en el pasillo, se las susurraba como quien cuenta una novela de ciencia ficción.

Era un ejercicio de fe.

Andrés apenas recibía respuesta con pequeños golpecitos en la madera, con los que ella le pedía más actualizaciones. Durante esa semana, Vega había alterado su órbita, estaba mucho más cerca del Norte, se veía a ratos dependiendo de la cantidad de nubes en el cielo, y daba mucho más calor a la Tierra. El colapso parecía cada vez más inminente. Andrés, tras la llamada de su papá, comprendió que las tristezas eran como pequeños tornados que arrasaban con las palabras. Usaba su mentira para

evadir lo que sentía, y evitar que MariaJó perdiera el don de nombrar las cosas.

El jueves en la madrugada, Custodia no pudo fingir más. Dejó de hacerse la dormida y recibió a Andrés, sentada en la vera de la cama.

—¿Qué haces despierto?

—Tenía sed —susurra.

—No me mientas.

Andrés se timbra: —Hablabas con MariaJó.

—Ya me di cuenta.

—¿Por qué me preguntas?

—No seas respondón —no sabe cómo abordararlo—. ¿Ella habla contigo?

—No.

—¿Y cómo sabes que te está escuchando?

—¿Y tú cómo sabes que se está acabando el mundo?

Él cruzó el límite. Se paraliza.

—¿Me vas a contar lo que te dijo tu papá?
—cambia la conversación.

Andrés niega con un gesto.

—¿Tan malo fue?

Él solo levantó los hombros, sin saber qué responder.

—Hijo, ten cuidado con lo que haces. Mira que en cualquier momento pasa algo, y la salvación

solo llegará a los que estén libres de pecado —insiste—. ¿Me lo prometes?

Andrés, aburrido, levanta la palma de la mano, prometiendo, mientras cruza los dedos en su espalda.

—Y aprovecha este fin de semana, que el martes regresamos a la casa. Es probable que no volvamos más a Mochica —dijo con un rictus.

Develarle la historia de Vega a su madre era igual que estallar una bomba atómica en el patio, o peor aún, que lo castigaran por lo que quedaba de vida.

•

Andrés corre a campo traviesa. Está descalzo. Es de noche. El suelo se siente áspero y frío, como el tacto de la vasija de su colegio: gris, con fisuras. Las lagartijas azules no se esconden, parecen pegadas al suelo, y los chivos corren hacia él, las aves vuelan en desbandada con el viento en contra; huyen de la luz incandescente que palpita a faldas de la montaña.

Él no deja de andar, se protege la cara con los brazos, y da saltos, evitando ser golpeado por alguno de los animales. Cae al suelo, se lastima la

rodilla, voltea a ver el obstáculo que lo tiró al suelo y era la Tonina, aplastada. Se levanta, y oye el aullido de Rolf, al lado de la luz.

Andrés se acerca a la mascota, Rolf no lo reconoce, le gruñe. Él da unos pasos hacia atrás y cae en un pequeño hueco, sentado sobre una roca tibia.

Se estremece.

Todo parece palpitar como si fuera un gran corazón.

La luz naranja que emana de la roca lo hace desorientarse.

Tiembla.

Andrés no sabe qué hacer y se aferra a la roca, que empieza a elevarse. Él está sentado sobre la masa de luz que comienza a volar en el cielo.

Es Vega. Lo reconoce.

A varios metros de distancia del suelo, distingue a Laura, Tomás, Custodia y Jacinto, que hacen un gesto con la mano. Él no sabe si lo saludan o lo despiden. Responde al gesto, sin soltar la roca que comienza a volar cada vez con más velocidad. Tanto, que le toca aferrarse con ambas manos mientras ve a una horda de zombis acercarse a su familia.

Grita, pero no tiene voz.

La velocidad aumenta. El efecto del viento lo despeina. Deja de ver hacia atrás, y se desespera.

La estrella, transformada en meteorito, se acerca a la cima de la montaña a toda velocidad. Descubre, sentada en la cresta, a MariaJó que no puede verlo. Él trata de darle freno al meteorito. No lo logra, va cada vez más rápido. Quiere gritarle a su amiga, no puede, no le salen las palabras. Y oye, como un eco, la voz de su papá a través del teléfono:

—Suerte.

Andrés quiere dejarse caer. No lo logra. El meteorito funde su cuerpo a la roca, como una masa indivisible.

Es fuego.

Ve directamente a su amiga, quien abre su bitácora y lo señala.

¡Ay, MariaJó, con esos ojitos color papelón!
Colisiona.

Queda únicamente un humo blanco, denso, que hace arder los ojos.

Andrés, empapado de sudor, despierta dando un brinco, ahogado. Abre los ojos. Toca a su mamá que duerme. Oye sus ronquidos. Empieza a ser de día. Se tranquiliza. La Tierra sigue dando vueltas alrededor del sol.

Él aún tiembla. Sabe que debe parar. No puede seguir elaborando más esa mentira. Busca su pantalón, encuentra un bolígrafo en la cartera

de Custodia, y saca del bolsillo su arrugada lista en la que apuntó: «contarle la verdad a MariaJó».

•

A las dos horas, después de que Custodia se despidiera para asistir a sus continuadas visitas a la bodega de don Feli, Andrés hizo que Rolf se acercara a la puerta de MariaJó hasta abrirla. No quería que lo volvieran a regañar por entrar al cuarto de las niñas. Se asoma desde el pasillo, pero MariaJó no está.

Baja las escaleras en carrera con Rolf. En la sala, se envalentona como un gallo de pelea y entra decidido a la cocina. Debe estar desayunando. Se equivoca, no hay nadie. Comienza a preocuparse. Pasea por la casa, no encuentra ni siquiera una nota. Oye que abren la puerta principal, se da la vuelta, desesperado. La luz que entra de la calle lo encandila, y descubre la silueta de MariaJó llegando. Andrés acalla sus preocupaciones al verla, volvió a distinguirla en las sombras. Allí, de pie ante la puerta, alcanzó a ver los ojos perdidos de su amiga y una sonrisa en su rostro. Venía de salir por primera vez en muchos días.

—¡Ay, MariaJó, con sus ojitos color papelón!

Entonces la gravedad le jugó en contra. El aire se hizo nuevamente espeso, sus movimientos se hicieron lentos, era Júpiter acercándose a su órbita. Andrés alcanza a esconderse detrás de unos muebles. Se asoma discretamente, y ve que lleva una bolsa, y dentro hay una caja. Laura y Tomás, que venían detrás de ella, cierran la puerta.

—Hija, ¿cómo te sientes? —pregunta Tomás mientras revisa el teléfono.

—Bien... Hace calor, ¿verdad?

—Ya te sirvo un vasito de agua —dice una diligente Laura.

—No. Enséñame que quiero aprender —refuta MariaJó.

—Ten cuidado, ¿vale? Y nos vemos en la tarde, que me salió un trabajo con unos caballos. ¿Necesitan algo? —advierte un sonriente Tomás.

MariaJó niega. Tomás, cariñoso, le da un beso en la frente. Ella lo retiene y le acaricia con cuidado el rostro. No puede evitar sentir alivio al notar que su piel está lisa como en los viejos tiempos y que olía a eucalipto, era como estar en casa. Tomás vuelve a darle un beso a su hija, abraza a Laura y sale apurado.

Andrés sale de su escondite, inquieto. Rolf, como si estuviera jugando a los espías, le sigue los pasos con la misma cautela. Ambos observan, callados,

como MaríaJó deja la bolsa sobre la mesa, y sigue las indicaciones de la tía acerca de la ubicación de los vasos y la distancia con la nevera.

Laura, como si fuera un reto, la regresa hasta la puerta de la cocina y la incita a empezar de nuevo todo el proceso que le acaba de explicar. Él se queda admirándola, oculto, mientras ella reinicia su recorrido como siguiendo el mapa del tesoro que se fue aprendiendo de memoria. Todos contienen la respiración, por temor a desconcentrarla. MaríaJó, tras un rápido tanteo, alcanza el vaso. Lo toca por completo para distinguir que no se equivoca. Cierra el gabinete y camina unos pasos a su derecha. Abre la puerta de la nevera y alcanza la jarra de agua. Le tiembla la mano, trata de acertar que el líquido entre en el vaso. Se moja un poco pero no se rinde. Toma aire e insiste hasta lograrlo. Guarda la jarra y cierra la nevera. Andrés se alegra, Laura aplaude emocionada y Rolf mueve la cola. Después de que MaríaJó bebiera con una sed impresionante, deja el vaso dentro del fregadero, mientras hace un tímido gesto de celebración. Se acerca a la mesa, y toma la bolsa que llevaba al entrar.

—¿Será que Andrés está despierto?

Andrés siente como la emoción y la convicción se le escapan del cuerpo como en una avalancha. Rolf, pensando que ya acabó el juego, ladra dos veces

dejándolo en evidencia. Laura ve a su sobrino, pero este se acerca sigiloso y empieza a hacerle señas de que no está. Suplica con las manos, pidiendo a su tía que no lo delate. Él temía que, en ese paseo, su amiga se hubiera dado cuenta de que la había engañado.

—No sé, salió —miente obligada, con cara de pocos amigos.

—¡Qué raro! ¿Sin Rolf?

—Sabes cómo son los niños de raros.

—Será que le doy el regalo después.

Andrés se da un golpe en la frente, frustrado. Laura sonrío mordaz, como diciéndole: «bien hecho», mientras acompaña a MariaJó a subir por las escaleras. Rolf también parecía verlo con mala cara y, tras un gruñido, subió con ellas dos.

•

MariaJó cena tranquila en compañía de Custodia, Laura y su papá. Los tres adultos la ayudaron a poner la mesa, para luego recalentar, compartir y saborear lo que sobró de la lengua en salsa que habían guardado en el congelador. Andrés no había querido bajar. Se excusó con un falso dolor de barriga. Ni la curiosidad por del regalo le daba el suficiente valor para enfrentar a su amiga.

Las mentiras le pesan y ya el martes debe regresar a la ciudad con su mamá. Debe parar la historia de Vega, pero no quiere asumir las consecuencias.

Es un cobarde.

Acostado en la cama, perdía su vista en el cinturón de Orión que brillaba en el cielo. Y de repente, sin esperarlo, fue sorprendido por una nueva idea.

Debía justificar la historia de otra manera, sin desmentirla.

Andrés debe encontrar una alternativa con la cual salvar al mundo de la destrucción total durante el fin de semana.

Se levanta. Saca su lista arrugada del bolsillo del pantalón en el suelo, vuelve a buscar el bolígrafo, y tacha con fuerza dos palabras de su última misión: «contarle la». Arriba de la tachadura, escribe en letra muy pequeña: «salvar de». Y antes de guardar la lista, lee con tono heroico: «salvar de verdad a MariaJó».

•

Esa madrugada, un sonido inquieto, metálico, despierta a un sobresaltado Andrés. Se pellizca para garantizar que no se trata de una nueva

pesadilla. Mira a los lados, previendo un posible ataque zombi. Su mamá es la mayor muestra de vida en el cuarto, se mueve de un lado al otro, víctima de sus propios ronquidos.

Andrés sigue buscando de dónde proviene el sonido, hasta que encuentra a Rolf con un *walkie talkie* amarrado de la correa del cuello. Se sorprende. No puede evitar ponerse contento. Le baja el sonido, logra desamarrarlo del cuello de la mascota que se acomoda para dormir sobre sus patas y su baba.

—¿Me oyes? Cambio —suena la voz de MariaJó en el artefacto.

Andrés no lo puede creer, se escabulle fuera del cuarto hacia el baño, explorando la oscuridad y allí, encerrado, toca el botón para comunicarse.

—Estoy aquí, cambio.

Hubo unos minutos en los que no obtuvo respuesta.

—¿Te gustó mi regalo? Cambio.

—¿Cómo lo conseguiste? Cambio.

—Mi papá dice que los consiguió por Internet. Yo no le creo, pero son para nosotros. Cambio.

Andrés no pudo ni siquiera dar las gracias. No entiende lo que está pasando. Todo el día se lo pasó creyendo que ella sabía la verdad.

—¿Puedes ver cómo está Vega? Cambio
—pregunta ella.

—Desde aquí no. Cambio.

Andrés aún no tenía definido un plan. Solo había agregado una nueva misión que debía cumplir como las otras. Aunque pensó que lo más fácil sería decir la verdad en ese instante, no tendría que verla a la cara, y solo les quedaba un fin de semana para estar juntos. Luego él regresaría a la ciudad, y ella se quedaría en Mochica. Ambos, hasta el día del juicio final. Prefirió ser egoísta, callar, y seguir oyendo la voz de su amiga.

—Tengo miedo, Andrés. Cambio.

—Yo también. Cambio.

Andrés no pudo decir más. Se abrazó al *walkie talkie*, viendo hacia la ventanita del baño, deseando que apareciera de verdad un meteorito en el cielo.

•

El sábado, Andrés despierta gruñón por culpa de los lengüetazos que Rolf le proporciona para obligarlo a levantarse. Al abrir los ojos, ve a MariaJó de pie. Él, instintivamente se cubre con la sábana. Estaba en ropa interior. Luego se acuerda

que no lo pueden ver y se tranquiliza. Su amiga, de igual forma, atina a darle un empujón para que salga de la cama:

—¡Apúrate!, tenemos que aprovechar el día —y con una sonrisa antes de salir, remata triunfal—: y vístete, por el amor de Dios.

Andrés se pone colorado, se tapa con la sábana. Rolf, como si entendiera lo ocurrido, saca del bolso de Custodia una franela, que le acerca con el hocico para que se la ponga. Él agradece con un cariño en la cabeza del animal, y se viste lo más rápido que puede. Es incapaz de evitar el desorden y el alboroto. Se pone los zapatos a medida que baja las escaleras, no quiere hacer esperar a MariaJó.

Abre la puerta y se topa con MariaJó sentada esperando, frente a la Tonina. Ella tiembla a medida que toca, cauta, las ruedas de la bicicleta. Él se detiene. Cae en cuenta de que tiene la franela puesta al revés. Se la quita y se la pone al derecho. Este último gesto, nervioso, es interrumpido por una pregunta:

—¿Sabías que la bicicleta estaba aquí?

Se quedó sin palabras. Solo están las evidencias.

—Ese día que te pregunté, habías salido a pasear con ella, ¿verdad?

Aterrado, sin aire, cerró los ojos y sin pensar, volvió a mentir:

—No. Es primera vez que la veo acá.

MariaJó parece una estatua. Rolf sale con las orejas abajo, y deja caer su cuerpo como una roca a su lado. De repente, el campo se explaya como un gran mausoleo, con un silencio sepulcral. No suena el viento en la hierba, las gallinas dejan de cacarear, y las lagartijas parecen escondidas en el fondo de la tierra.

—Hay mucho silencio esta mañana. ¿Será una mala señal?

Andrés, por costumbre y pánico, busca si realmente hay meteoritos en el cielo. Se arrepiente de no estar en la ciudad para poder tener acceso a la computadora de su mamá y revisar los hipotéticos desastres naturales. Él no sabe distinguir si ese era el inicio real del fin del mundo que venía a salvarlo o si era un reflejo de la culpa. Toma una bocanada de aire, y busca un lugar para sentarse al lado de su amiga. Aparta un morral que está abierto. Atina a ver el contenido: dos sándwiches, un cambur, un juguito de caja, la bitácora, lápices y su *walkie talkie*.

—¿Aún quieres salir? —pregunta Andrés.

MariaJó no está segura . Se le nota en el rostro.

—Te juro que los zombis no existen —atina a decirle a MariaJó, aunque ya no cree en sus propias palabras.

Ella sonríe con tristeza, y le pregunta: —¿Aún tienes esa lista rara?

—Sí —lo verifica tocándose el bolsillo.

—¿Qué te queda por hacer? —pregunta ella, curiosa.

—Dos misiones —responde nervioso.

—¿Realizables?

—Una más que otra.

—¿Qué necesitas?

Tarda en responder: —Una patilla.

Ella hace gesto de extrañeza. Él se levanta, extiende la mano hacia abajo.

—Frente a ti, está mi mano. Tómala —dice para cambiar el tema.

Ella obedece. Se coloca el bolso en la espalda, y tantea en el aire hasta encontrar la mano de Andrés que la ayuda a levantarse.

—Ahora respira conmigo: uno, dos, tres.

Ambos aspiraron fuertemente. Tomaron una bocanada de aire inmensa que les infló los pulmones. Luego lo dejaron salir. Así, varias veces, hasta que MariaJó se llenó de confianza. Andrés le agarró la mano y la condujo hasta su hombro, pero

ella la quitó y puso la mano de él sobre el suyo:

—Hoy seré la guía —decidida.

Andrés sonríe. Siente como si todas las lagartijas se hubieran mudado a su panza del cosquileo que le da tenerla cerca. MariaJó, en cambio, aprovecha para sacar la bitácora del bolso, buscar las manos de Andrés y entregársela.

—¿Hacia dónde vamos? —pregunta, curioso.

—Lo más cerca que podamos de Vega.

—¿Y la bitácora? —temeroso, extrañado.

—Es hora de darle forma a esa estrella —decidida.

Ambos se adentraron en el campo. Rolf los despidió con un aullido.

•

El recorrido fue más lento de lo común. MariaJó quería entender, a cada paso, lo que ocurría a su alrededor. El silencio se fue llenando, poco a poco, de la actividad normal de la naturaleza. Mochica ya no le resultaba familiar. Necesitaba volver a descubrir ese universo de palabras que había construido cuando niña. Andrés debía ayudarla registrando en esa bitácora todos los detalles que ella encontraría.

—Debemos dejar pistas a los sobrevivientes
—sugirió ella.

Andrés pintaba de forma rupestre las cosas que registraba, en la medida en que MaríaJó se las iba mostrando. Lo primero que encontraron fue un sapo croando cerca de un charco. Ella trató de imitarlo.

—Ese animal es un *crocrocro*.

Andrés entonces pinta con un color verde oscuro algo parecido a un sapo. Coloca la palabra sapo de un lado, y *crocrocro* del otro.

Comienza una llovizna, tenue, tibia. Ella alza los brazos, dejando que su nariz se moje con ese pequeño rocío.

—Estos son *aleteos del pez aire*.

Andrés ilustra una discreta llovizna, y a una niña de brazos abiertos bajo ella, disfrutándola. Colocó *aleteos de pez aire* de un lado y llovizna del otro.

Y así, los gavilanes se llamaron *maulladores*. El fango era *escurre huesos*. Las lagartijas eran *zumba grama*. Cada nombre estaba relacionado a su sonido, al aroma que lograba percibir, a la sensación que le daba el objeto que nombraba.

•

Cerca de las doce, comienzan a sentir una brisa fría muy distinta al calor que abriga a Mochica a mitad del día. Andrés está extrañado del silencio, del frío, de la nueva actitud de MariaJó. Él, que se había olvidado por completo del fin de mundo, volvió a poner los pies a tierra. Piensa en todas las profecías que leyó junto a su mamá.

—¿No será mejor volver a casa de la tía? — sugiere Andrés.

—Depende. ¿Qué tan lejos estamos de Vega? —pregunta MariaJó.

No había más razón para prolongar la verdad. Solo que tenía miedo.

—Mientras más cerca esté, puedo sentir su forma, su calor.

Andrés deja la bitácora a un lado. La actitud de su amiga está cambiando.

—¿Por qué no dices nada?

Ella se le acerca firme, con los brazos extendidos, buscándolo en medio del campo. Él piensa en los zombis, en esa actitud extraña de su amiga. Ve sus ojos.

¡Ay, MariaJó, con esos ojitos color papelón!

—¿Será que llegamos y no me quieres decir?

MariaJó alcanza a tocarle el rostro, el pecho, los brazos, le desordena el cabello. Andrés se

siente incómodo, quiere apartarla. Los zombis no existen.

—No quema, ni vuela. No tiene forma de estrella, ni de meteorito.

Ahora él lo entiende todo. Baja la cabeza, avergonzado.

—Ni dice nada. Dibújate en el cuaderno.

Andrés siente la colisión.

—Vega no existe.

Viene el estallido.

—Eres un mentiroso.

Y el fuego de su última palabra lo arrasa todo.



VII

EL REFUGIO





MariaJó no le dirigió más la palabra en el camino de vuelta. Todas sus palabras estaban almacenadas en las páginas de la bitácora que él aún mantenía bajo el brazo. No atinó a pedirle disculpas, ni a explicarle las razones de por qué siguió con el engaño hasta ese punto.

Ella dejó el bolso en la sala, y subió a su cuarto con Rolf que la esperaba en la entrada.

Andrés se quedó solo y triste en la mesa de la cocina. Oyó unas risas que provienen de la sala. Se asomó. Custodia toma una cerveza con don Feli. Andrés nunca había visto a su mamá tan relajada, y mucho menos conversando con un hombre.

Lanzó la puerta de la cocina, con fuerza, para alejarlos. Luego se escondió.

No quería más papás.

Eso, para él, sí que era un anuncio del fin del mundo.

•

Esa noche, en la cena, MaríaJó no dijo ni una sola palabra. Sin dejar de ser cortés, tanteó el rostro del papá hasta darle un beso en la mejilla. Luego subió a su cuarto para dormir. La tía Laura, extrañada por la nueva recaída de la niña, fue quien inició la conversación.

—¿Aún sigue afectada?

—Está más bien molesta —responde Tomás.

—¿Por qué? —pregunta extrañada Laura.

—Pregúntenle a Andrés.

El veterinario levantó el plato de la mesa. Custodia dejó los cubiertos sobre la mesa y miró con advertencia a Andrés.

—¿Me puedes explicar qué pasó?

—¡Lo de que se iba a acabar el mundo me lo dijiste tú! —responde molesto.

—¿Perdón? —sin entender.

—¡No puede ser otra vez esta locura! —interviene Laura—. ¿Hasta cuándo, Custodia?

—¡Ya va! ¡A mí no me cambies el tema!, ¿qué hiciste? —insistió Custodia.

—Se inventó que si un meteorito y que el apocalipsis llegaría a eso del domingo —reafirmó un disgustado Tomás antes de subir.

—¿Eso es cierto, Andrés? —preguntó su mamá preocupada.

Andrés afirmó sin verla a la cara. Laura enfureció:

—Este temita ya se pasó de maracas.

—Espera, antes de que empieces con el sermón, las profecías dicen...

—¡Podrán decir misa, pero tú estás enferma con ese tema!

—¡Yo no! Lo confirman los profetas... la historia del mundo...

—¡Qué historia ni que nada! ¡Esto no es el apocalipsis!

—Hace tres años, Francia cerró el pico Bugarach como único lugar seguro.

—¿Y el mundo se acabó? Ni hace veinte años, ni hace cinco, ni mucho menos este.

—¿Y el calentamiento global qué...? —insiste Custodia.

—¡Culpa de uno...!

—¿Y qué me dices del país?, ¿a ti te parece normal que todos los días pase algo feo? ¡Esta vaina se está cayendo a pedazos!

—¡Estás obsesionada con el fin del mundo, aterrada porque no eres capaz de seguir con tu vida!

Ambas hermanas empezaron a subir la voz. Andrés, aturcido, se levantó empujando la mesa. El

impulso hizo que varias de las sillas cayeran al suelo. Él dio un salto, y la lista se escurrió de su bolsillo, sobresaliendo del pantalón. Ellas guardaron silencio. Custodia lo iba a reprender, pero él se aparta.

— ¡Yo no me quiero morir!

Andrés se limpió las lágrimas con rabia. Recogió el bolso de MariaJó con las cosas de la exploración que aún seguían en la sala y se fue corriendo de la casa.

Al salir por la puerta, su lista de misiones terminó de resbalarse del bolsillo, cayendo al suelo. Laura la pisó, sin darse cuenta, cuando comenzó a correr tras él. No logró alcanzarlo, y lo vio perderse en la oscuridad con una velocidad indescriptible. La tía, frustrada, recogió sus pasos hasta la casa. Vio la lista arrugada en el suelo, la levantó sin darle mayor importancia. Prefirió subir antes de volver a la cocina para seguir peleando con la locura de su hermana.

Custodia, al contrario, comenzó a sentir como el mundo se desmoronaba.

•

MariaJó está sola en su cuarto, sentada en su cama. Toda esa inquietud que había sentido por vivir el día a día, se había apagado. No tenía ganas

de aprenderse nuevamente el mundo. Se acuesta, no podía soportar ni siquiera las sábanas.

Sentada en la cama, tantea a sus alrededores y se encuentra con un oso de peluche. No le gusta su forma, no la reconforta como cuando era niña. Se levanta, busca la cesta de la ropa sucia como puede entre las cosas del cuarto, y comienza a colocar los peluches dentro, como si fuera un jinete del apocalipsis. Aquello se convirtió en una despiadada cacería: ningún ser relleno de algodón quedaría a salvo dentro de la habitación. Rolf se sienta en una esquina, temiendo correr la misma suerte que todos los animales del lugar.

MariaJó guarda el último peluche, hace un recuento mental por recordar la forma de cada uno de ellos. Almacenarlos en su propia bitácora personal, para poder comenzar de nuevo, desde cero. Ella tenía una nueva vida y, por más que la odiara, era hora de enfrentarla. Este no era el fin, ni ella el centro del mundo.

Abre la ventana para aspirar todo el aire que necesita. La idea de comenzar a ver las cosas de otra forma le daba un terror paralizante. De repente, un helado viento en su cara la inquieta. Comenzó a caer la lluvia que, como diminutas espadas de hielo, punzaba su piel.

MariaJó trató de controlar el latido de su corazón, para poder oír en profundidad lo que le anunciaban los sonidos de la naturaleza. El viento crujía, los truenos sonaban, y la hierba cortaba el aire con un sonido seco, letal.

•

Tomás sube las escaleras junto a Laura. Él, infinitamente agradecido con su amiga, trata de calmarla tras la discusión con su hermana:

—Andrés necesita despejarse. No debe estar muy lejos. Ni tampoco es la primera vez que se escapa. Si en diez minutos no vuelve, salgo a buscarlo. Igual ya le avisé a los vecinos por WhatsApp por si lo ven.

Ella le agradece, mientras va abriendo, por inercia, el papel que encontró en el suelo. El veterinario aprovecha las recientes circunstancias para contarle que planeaba llevarse a su hija para la casa. La tía entendía, aunque no podía dejar de entristecerse por su sobrino. Laura comienza a leer la lista, y se angustia aún más.

—¿Qué es esto? Mira, es una lista, con casi todo tachado.

—Mientras no sea el juego ese de *La Balle-na Azul*.

Tomás agarra la lista. Lee:

—No creo... —extrañado— ¿Comer una pastilla entera?

MariaJó va saliendo del cuarto, se sostiene de la puerta, sigilosa.

—¿Salvar de verdad a MariaJó? —lee Laura extrañada.

—¿Qué dices?

—No es nada, hija. Es un papel que encontramos en el piso.

MariaJó se acerca. Toma el papel. Siente las arrugas. Lo acerca a su nariz, huele el aroma a grafito y tinta.

—Es la lista de Andrés. Son sus misiones.

—¿Salvarte de qué?

La casa se oscurece por completo. Hay un apagón en el pueblo.

—¡Otra vez la luz! ¡Estoy harta! —estalla Laura.

Se oye a alguien salir por la puerta. Laura intuye que es Custodia y baja, con mucha torpeza, por las escaleras. Tomás, por su lado, socorre a su hija tomándola de un brazo. Ella se suelta, sin brusquedad:

—No hace falta, papá.

Se apoya de las paredes y camina por el pasillo, hasta el cuarto de Andrés. El papá sigue la

silueta de su hija, tropezándose con el jarrón del pasillo.

—¿Qué estás buscando?

—¿Dónde está Andrés?

—No está. Se peleó con su mamá y nadie sabe a dónde fue a parar.

MariaJó se aleja de la pared, toma una fuerte bocanada de aire, y camina hacia la ventana sin apoyarse de nada. Tomás, a quien sí le cuesta acostumbrarse a la oscuridad, la sigue como una sombra. El viento que empapa su rostro le sirve de guía para alcanzar la ventana. Se asoma. Al sacar las manos, descubre una sensación que va escalando en magnitud. Las gotas se van haciendo fuertes, gruesas, hasta convertirse en hielo. Siente el helado golpe del granizo contra su piel, y descubre abajo los gritos de asombro de las mujeres. Custodia, alcanzada por Laura, es obligada a resguardarse en la entrada de la casa.

MariaJó piensa que esa sensación helada y violenta era la forma del miedo. Y así lo sintieron las dos hermanas que se abrazaban bajo la ventana, en la infinita oscuridad del pueblo.

•

Andrés no deja de correr. El sudor se confunde con el agua de lluvia que le resbala por el rostro. Abraza fuertemente el bolso, buscando proteger la bitácora. Aún le quedaban dos misiones por cumplir, y una era salvar de verdad a MariaJó. Para lograrlo debía proteger todo el idioma que ella había recogido durante años para los sobrevivientes. Eran sus palabras, las que no quería volver a pronunciar después del accidente. Si de algo había servido Vega, era para oír la pedir ayuda, dar las gracias, nombrar al mundo. La lluvia arreciaba. Los destellos de los rayos en medio de la oscuridad, revelaban las siluetas de un pueblo sin luz. Era como tener prestados los ojos de su amiga, destilando manchas, huyendo del fin del mundo que ahora parecía evidente.

Estuvo once años preparándose para ese momento, y lo único en lo que pensaba era en ella. En su risa estridente, en su manía con los nombres, en su carácter de tarántula mona, en lo suaves que eran las palmas de su mano. Custodia podía estar decepcionada. Todos los consejos de supervivencia se perdían cuando el miedo se instalaba en la piel. El granizo empieza a caer, choca contra su cuerpo, y él trata de sacudirse los golpes firmes del hielo.

El crujido de un árbol que fue alcanzado por un relámpago, aterra a Andrés. Se deja caer

en el suelo. Respira agitado. Mira a su alrededor. En la distancia, logra distinguir el sonido de unos caballos inquietos. Recuerda las caballerizas que vio hace algunos días, en la falda de la montaña. Sin pensarlo, se acerca al llamado de los animales y cruza la verja. Se refugiaría mientras pasa la granizada, para luego subir a la cima de la montaña y esperar a Custodia, como habían acordado.

El escándalo del granizo que ataca a la tierra y al techo de zinc, no lo dejan oír sus pensamientos. Se sacude el agua del cuerpo como Rolf. Seca sus manos con algo de paja, y saca la bitácora del bolso. Comprueba que se mantiene en perfecto estado. Siente un alivio que le dura milésimas de segundos. De todas las alternativas que había previsto, no consideró al diluvio como posibilidad certera.

Los caballos, con sus inquietos relinchos, no tardaron en asustarlo.

Para combatir el miedo, quiso dibujar un caballo en la bitácora. Lo llamaría *tracatrá*. Seguro MaríaJó hubiera odiado ese nombre. A Jacinto le encantaría.

Cayó en cuenta de que no volvería a ver a su amigo.

Al cese del escándalo del granizo, quiso levantarse para ver si podía subir a la montaña. Sus

manos se resbalaban en el lodo en el que se había transformado la tierra. Vio las formas en el suelo, sintió la textura arcillosa en los dedos, y tuvo una idea. Abrió la bitácora con los dientes, pasó algunas páginas con el codo y, con la yema de los dedos manchadas en tinta de tierra, dibujó toscamente un cuerpo. Pensaba que era MariaJó. Al terminar escribió, a su lado, la palabra: *Ella*. Pasó a otra página en blanco, e hizo la forma de un cuerpo distinto. Sobre su cabeza escribió: *Él*. El último dibujo que hace en el cuaderno es una terrible lluvia. Busca los creyones del morral, limpiándose las manos en el pantalón.

Con rabia, pintó líneas azules y nubes grises. En el medio, ilustra a un gran meteorito de color rojo. Un rojo fuerte que lo mancha todo en la página. Debajo de la estrella, escribe *Vega*, agrietando la hoja al terminar de escribir la afincada *a*. Cierra la bitácora, la envuelve en una bola de paja para meterla nuevamente en el bolso, y piensa que es hora de escalar a la cima de la montaña. Busca la salida de la caballeriza, aturdido por el escándalo de los caballos. La lluvia con viento evita que sus ojos puedan ver con claridad el camino. Los truenos, confundidos con el sonido de rocas que arrastra el agua, hacen que Andrés abandone el plan.

Entra empapado, y sin esperanza.

Siente rabia. La misma que sintió al luchar con el silencio de su papá.

No quiere pensar en él. No se lo merece.

Da patadas en el suelo hasta resbalarse y caer.

En medio del lodo, dirigió su mirada hacia un espacio entre las maderas desvencijadas de las caballerizas. No le quedaba más remedio que esconder en las faldas de la montaña el «Génesis» de MariaJó. Algún día, si alguien sobrevive, lo encontrará y podrá nombrar de nuevo al mundo. Sacó la bitácora envuelta en el heno y dejó caer el bolso, del que salieron todos los objetos de la expedición de su amiga. Cuando finalmente logró esconder el cuaderno, se dejó caer en la tierra. No tenía más fuerzas. Además, era imposible que Custodia lo encontrara. Boca arriba, tanteó el lodo, su cuerpo se empezó a hundir. Resignado a ser invisible, en medio de esa negra e incandescente noche, cerró los ojos y esperó el final.

•

Custodia sigue apoyada en el marco de la puerta, viendo la oscuridad en el campo. La tía Laura intenta darle un té de toronjil, pero ella lo

rechaza. No deja de pensar en su hijo, perdido en mitad de la tormenta, con tanto peligro en el campo, con la gente tan peligrosa. Custodia, pensando en profecías, descifra la tormenta como un violento ataque. Es un escándalo infinito. Se abraza a sí misma luego de persignarse. Teme, en el fondo, tener que desaparecer sin su hijo.

Mochica no está preparado para superar una catástrofe. No hay suficientes alimentos no perecederos guardados en la alacena. No tienen baterías, linternas, velas. Si acaso una bombona de gas. El hospital más cercano queda a dos horas por carretera, y no tiene suficientes equipos o antibióticos. El diluvio tiene unos requerimientos distintos a cualquier otra forma del apocalipsis. Inmediatamente, Custodia vuelve a pensar en su hijo. Debe estar tan asustado, en mitad de la nada. Siente culpa de no poder estar a su lado, cumpliendo su promesa de llegar juntos al desenlace.

MariaJó se abraza a su papá. El sonido la aturde. Laura enciende una vela, mientras confirma con Tomás todos los detalles de la huida de Andrés. El pueblo había iniciado una cuadrilla de búsqueda en la tormenta. Para eso, recogían todos los detalles, y los compartían en un grupo de mensajes por el teléfono. En la tercera revisión de la

historia, hubo un detalle que captó la atención de MariaJó. Andrés salió con el bolso que contenía la bitácora y el *walkie talkie* de ella.

Se levanta de inmediato de la mesa y, con una seguridad que sorprende a todos, recorre con firmeza el camino hacia las escaleras. Rolf y Tomás la siguen. Su papá la bombardea a preguntas, mientras evita tropezarse con los obstáculos que no logra ver en el camino. Ella chista pidiendo silencio. Afina su oído lo más que puede y oye, como un sonido perdido, el metálico crujir de un artefacto.

MariaJó se deja llevar por sus oídos, como quien descubre los recodos de un camino. Sube las escaleras. Recorre el pasillo. Abre la puerta, y entra al cuarto de Custodia. Tantea los muebles, el colchón. Se apoya y busca. Hasta que Rolf, al darse cuenta del sonido, la ayuda a quitar una de las almohadas de la cama con un mordisco. Allí está encendido el *walkie talkie*, transmitiendo los relinchos de un caballo mezclados con la lluvia. Ella lo busca, efusiva, con las manos. Lo ataja:

—Andrés, ¿estás allí? Cambio —pregunta angustiada.

No hubo respuesta.

—Andrés, no estás solo. Cambio.

La lluvia no deja de sonar.

•

Andrés, detenido y rodeado del bullicio, identifica un extraño sonido. Es la voz de MariaJó. Piensa que está enloqueciendo, que así se anuncian los finales. Voltea, de todas formas, a ver hacia el interior de la caballeriza. Fuera del morral, descubre el *walkie talkie*. Es ella. Se arrastra en el lodo, y busca transmisión.

—¿MariaJó?, ¿eres tú?, ¿me oyes? Cambio.

—Sí, ¿dónde estás? Cambio —su respuesta suena como a un milagro.

—No me dejes de hablar hasta que se acabe el mundo. Cambio.

—Este no es el fin... Cambio —devolviéndole la palabra esperanza.

Un rayo de luz, intempestivo, atraviesa las puertas de la caballeriza. Sin dejar caer el *walkie talkie*, Andrés se pone de pie y se acerca a una de las ventanas. La luz vuelve a cruzar, fugaz. No existe ninguna palabra siniestra que nombre ese terror con el que había crecido, pero con MariaJó aprendió a construir un mundo distinto, más valiente. Andrés le pide a *Jesusito redentor* que frene al meteorito. Si esa era su última alternativa, correría hasta la cima de la montaña. No se rendiría.

—Voy a subir. Cambio.

—¿Andrés?, ¿subir a dónde? Cambio.

Andrés aprieta los ojos, decidido. Trata de no resbalar. Toma una última bocanada de aire y corre hasta la puerta.

Lo último que oye es el derrumbe de una de las puertas de la caballeriza, uno de los caballos se levanta sobre sus dos patas, y huye bajo la tormenta. Su relincho lo ensordece. La luz, enceguecedora, entra directo hacia él. Andrés corre, sin respirar, y choca contra un cuerpo sin forma. Tras la colisión, cae al lodo, y solo siente a su corazón bombear. Lo demás fue oscuridad.

•

Pasó una hora desde que Laura evitara que su hermana corriera en medio de la granizada. Aprovechó para ir descifrándole cada uno de las misiones que Andrés había tachado en su lista. Conmovida, Custodia aprieta el papel arrugado. Y es que la idea del fin del mundo no la altera, forma parte de ella. Con la diferencia de que ahora tenía el alma en un puño y la resignación en juego. Más que culpa por el miedo que había construido su hijo, sentía una honda tristeza por no darle el don

de la ignorancia. Pudo ocultarle las verdades de su profeta, protegerlo de la dura realidad de su culto. Y ahora solo le queda esta tormenta que no cede, confirmándole que vivió con la razón de su lado.

Está desesperada. Sabe que no es capaz de esperar ni un minuto más sin seguir su instinto y correr para abrazar a su hijo, refugiarse en él. A dónde pudo haber ido. Cuando la luz blanca de un rayo, como una señal divina, le revela en un destello la silueta de la montaña. Ella, que siempre fue mujer de señales, supo que esa imagen no era en vano. En la oscuridad, siempre hay caminos de luz, así se lo repetía el profeta. Debe subir hasta la cima del punto más alto. Esa es la única esperanza en caso de una catástrofe natural. No quiere seguir rezando por el rescate de Andrés, sino formar parte de él. Aprovecha que Laura, Tomás y MaríaJó están en la cocina pendientes del rescate y que la falta de electricidad impide que la vean. Camina en medio de la lluvia, como iniciando un peregrinaje.

Empapada, a pocos metros de la casa, y con los zapatos hundidos en el barro, observa pequeñas luces que se acercan hacia ella. Contiene una sonrisa al pensar en los zombis a los que temía Andrés. Se acerca al grupo de personas, sin saber qué esperar. Cerca, vislumbra en la luz de una linterna

a don Casimiro y a Camilo. Era la comitiva del pueblo que había ido en busca de su hijo. Acelera el paso, con la esperanza en ciernes. Tiene fe en que lo hubieran encontrado. Feli, finalmente, se revela ante ella con un inconsciente Andrés en brazos.

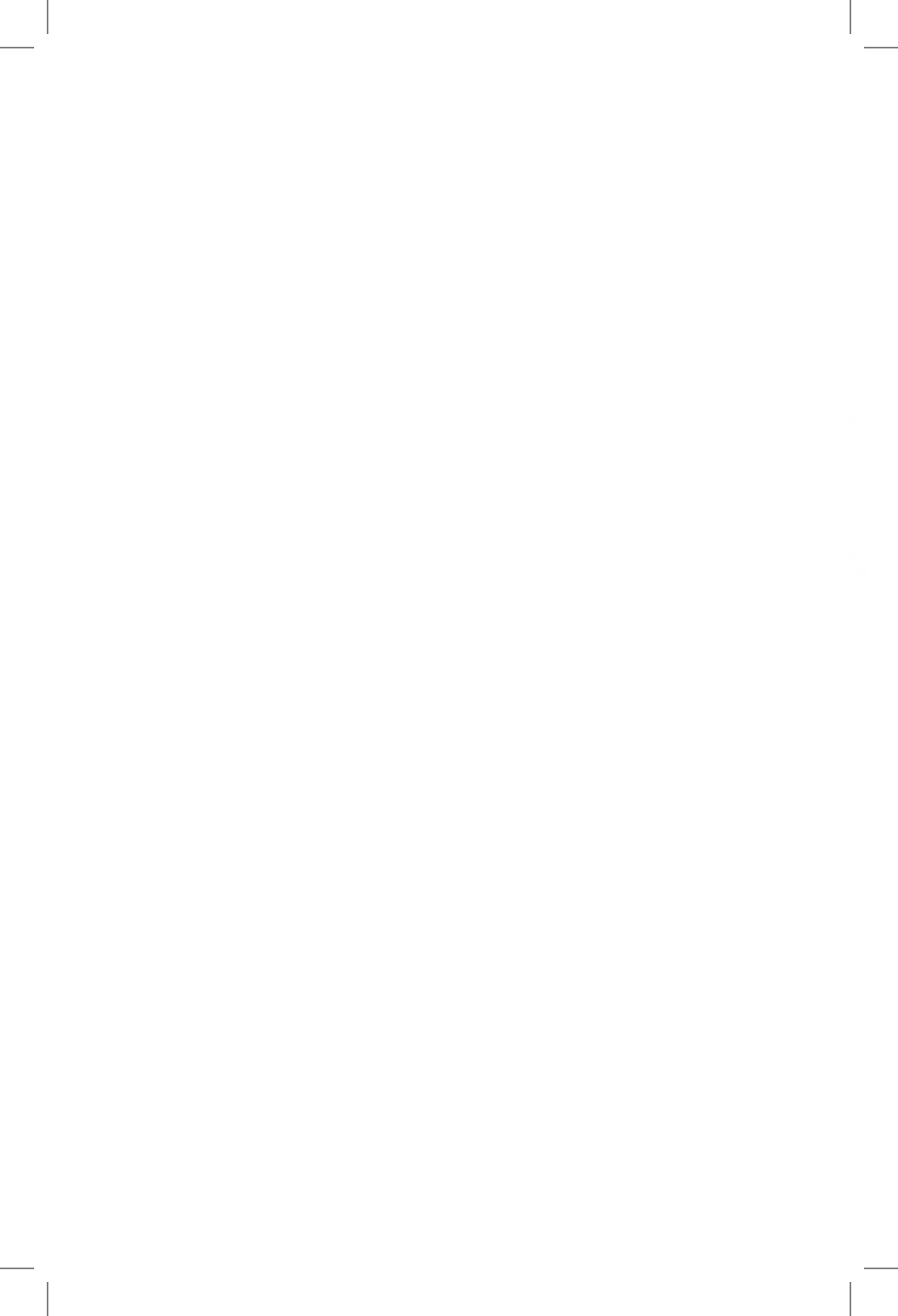
Custodia ve a Felipe con una infinita mirada de agradecimiento, los conduce de vuelta a la casa, mientras acaricia torpemente la frente de su hijo. Laura y Tomás, se ponen a la defensiva cuando oyen que un grupo de gente se acerca. Se tranquilizan al ver que son los hombres del pueblo que traían a Andrés.

Dentro, Custodia le va quitando la ropa mojada.

El abuelo de Anita, la vecina, busca dos mantas gruesas en su casa para calentarlo y evitar la hipotermia. Lila, la maestra de la escuela rural, da consejos útiles sobre qué hacer ante las lluvias y enciende el fogón para cocinar un consomé con las pocas hortalizas que iba encontrando. Laura le busca un abrigo a su hermana para cubrirla. Don Casimiro y Tomás, le toman la temperatura y le miden la tensión a Andrés.

MariaJó, siente el agitado movimiento de las personas a su alrededor, se va acercando, como en medio de un laberinto. Rolf, sabiéndola desorientada,

le sirve de guía. La sensación del hocico húmedo del perro acariciando su pierna, es para ella sinónimo de paz. MariaJó explora el rostro empapado de Andrés, y Tomás la ayuda a sentarse al lado de su amigo. Ella le toma la mano, en silencio. Solo piensa en darle un refugio donde poder despertar después del apocalipsis.



VIII

GÉNESIS





Cuando Andrés abre los ojos, el mundo no se ha acabado. Está envuelto en mantas y tiene calor. Custodia dormita a su lado, emite los mismos ronquidos, con la diferencia de que al sentir a su hijo moverse se despierta, abalanzándose sobre él y colmándolo a besos. Él no sabe si sentirse incómodo o a gusto con la situación. Todo parece igual que siempre. La luz incandescente del sol le hace entrecerrar los ojos. Él comienza a pellizcarse los brazos, y le siguen doliendo. Toca a la mamá y le devuelve los besos, impresionado de que estuvieran bien.

—Mamá... ¿sobrevivimos?

A Custodia se le llenan los ojos de lágrimas.

—Prométeme que no vas a pensar más en eso del fin del mundo.

—Pero si yo lo vi, el meteorito vino hacia mí.

—Fue don Feli, que te estaba buscando con la gente del pueblo.

—¿El bodeguero? —extrañado.

Custodia afirma.

—¿Tu novio?

Custodia lo ve mal.

—Respétame —replicó, sonrojada.

—Pero si... —Andrés iba a argumentar, cuando su mamá lo detuvo.

—Es solo un hombre precavido, que además tiene un depósito en casa con material útil en caso de emergencia. Una persona sensata, pues.

—¿O sea que el mundo no se acabó? —decepcionado.

Todo en lo que Andrés había creído desde pequeño era mentira.

—No.

—¿Y la profecía del señor ese que tú seguías? —trata de comprender.

—¿Qué te dije? —lo reprende con los ojos—. No hablemos más de eso.

Andrés trata de organizar sus sentimientos. De alguna forma sentía que su mamá había hecho, sin querer, lo que él le hizo a MaríaJó.

—¿Vamos a estar bien? —pregunta, lleno de dudas.

Custodia afirma con un gesto, lo aprieta contra su regazo y lo besa en la cabeza. Luego ve hacia el Cristo que cuelga en la pared y se persigna

temerosa, la idea de que el mundo desaparezca con su hijo, es una profecía que no quiere ver cumplir.

•

Rolf bate la cola con desesperación al ver a Andrés bajar por las escaleras. Se le lanza encima, tirándolo al suelo, lamiéndole la cara. Él lo aparta, haciéndole cosquillas. En la mesa, para desayunar, lo esperan Laura, Tomás, Custodia, MariaJó y un nuevo invitado: don Feli. Andrés siente algo de vergüenza. No imaginaba sentirse ridículo después del fin del mundo. Aunque ninguna de las personas en la mesa, mencionó lo ocurrido la noche anterior.

—Esto si es el paraíso —escucha decir a la tía Laura pegada al fogón.

Reconoce el aroma de la cafetera. Ella parece una niña pequeña, emocionada, preparando un poco de café que don Feli había conseguido en un pueblo cercano.

Tomás, a su vez, le cuenta a Feli sobre su idea de hacer un centro de investigación de vacunas para el ganado caprino, e incentivar a los jóvenes de la zona. MariaJó está al lado de su papá, oyendo interesada, admirándolo. Andrés logra ver de nuevo esos ojos, desorientados, pero con un destello diferente.

¡Ay, MariaJó, con esos ojitos color papelón!
Custodia les sirve a todos unos huevos perico, menos a Andrés. Laura deja una cesta de pan en la mesa. Andrés tiene la necesidad de pellizcarse nuevamente. No sabe si los demás lo están viendo. Rolf se le sienta al lado, saca la lengua, como esperando que le comparta algo. Se tranquiliza, al menos el perro sigue reconociéndolo. Finalmente, antes de sentarse, Custodia pone frente a su hijo una patilla completa, picada en dos. Nadie se inmuta, y siguen comiendo.

—Buen provecho —dice Custodia, y sigue en su rutina.

Andrés, aturdido ante la rareza del evento, descubre a MariaJó tragándose una risita. No entiende. Mira a los demás, como buscando respuesta. Hasta que descubre a su mamá, que abre la lista arrugada, y lee:

—«Comerse una patilla entera de una sentada». Ya está —lo tacha—. Y yo veré si no cumples, mira que esa patilla salió carísima.

—Y costó para conseguirla —remata tía Laura. Andrés, conmovido pero feliz, asume la misión.

Comparte otra vez con su familia, y eso es lo más cercano a estar en el cielo.

•

Andrés acaricia el lomo de Rolf, sentado en la puerta. Aún seguía repleto de la patilla que logró comerse entera. MariaJó, ante el llamado del viento tibio que se cuele por la puerta abierta, se acerca de forma segura:

—¿Estás en la puerta, Andrés?

Rolf ladra, como asintiendo.

—Sí —responde Andrés, a quien ya no le falta el aire al verla cerca.

—¿Cómo te sientes? —pregunta ella, cariñosa.

—Me duele un poco.

MariaJó sonrío torpe, y se dirige hacia él. Se sienta a su lado. Andrés, que aún sigue con la culpa en la cabeza, logra dejar escapar todas las palabras reprimidas.

—¿Me perdonas? —empieza a hablar sin frenos—. No quise mentir, en serio, pero cuando te dije lo de Vega, tú cambiaste toda y yo...

—Necesito un favor —cortándolo en seco.

—¿Ah? —sorprendido.

—¿Me vas a ayudar? —ella insiste.

—Siempre —lo dice sin dudarlo.

MariaJó se levanta, y camina firme hasta la bicicleta.

—Ayúdame con esto. No quiero sentir más miedo.

Andrés tiene una nueva idea. Se monta en la bicicleta, y se le acerca:

—Súbete.

—No, no... Así no... No puedo, Andrés —Espantada, se le aguan los ojos.

—Claro que sí. La Tonina no tuvo la culpa. Ven, agárrate de mí.

Andrés la ayuda a subirse con él en la bicicleta. Su amiga está tensa como una roca, tiembla. Él comienza a pedalear, un poco lento, buscando el equilibrio. MaríaJó se aferra con horror a la Tonina y a Andrés. Ella quiere llorar, pero no es capaz. No puede pensar en nada más que en el accidente. En la gente rodeando el camión, saqueando la comida. Comienza a gritar. Andrés ya no siente temor. Empieza a gritar al mismo tiempo. Sin dejar de pedalear.

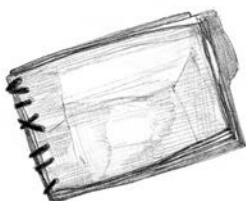
Los gritos de ambos terminan siendo un desahogo.

Rolf corre al lado de ellos hasta que Andrés toma más velocidad. Como dos lagartijas que no quieren esconderse más en el asfalto. Juntos se pierden ese día en los *verdeltios*, entre las *sombritas*, con los *maulladores* siguiendo su andar.

En la distancia, los vecinos de Mochica siguen haciendo filas en la tienda, protestan en la

prefectura, atienden la difícil cosecha, pero también llegan a oír la estruendosa risa de MaríaJó que vuelve a nacer como un eco, y rebota en cada espacio vacío del campo. Como si el mundo no se acabara nunca.

BITÁCORA



Entre los restos de madera húmeda, en una de las paredes de una vieja caballeriza, un grupo de niñas encuentra un cuaderno de tapa negra. El cuaderno está repleto de dibujos y palabras que enuncian al mundo.

Ellas, que fueron junto a su familia a explorar el área rural de Mochica en sus vacaciones, descubren un nuevo mundo. Se abre ante sus ojos, un universo de palabras sonoras y metáforas de los sentidos.

En las últimas páginas y en el siguiente orden, están Él, *Ella* y *Vega*.

Fue el final.

Después de que se acabara el mundo, en la última página, había ilustrada una bicicleta corriendo en la línea del horizonte. Sobre ella están dos niños y un perro. Ellas reconocían el artefacto, aunque esta imagen no tenía nombre.

Debajo había un espacio en blanco. Solo había que nombrarlo.

ÍNDICE

I.	Los últimos años	13
II.	La oscuridad	31
III.	El Big Bang	43
IV.	Las profecías	55
V.	El deshielo	75
VI.	Meteoritos	105
VII.	El refugio	127
VIII.	Génesis	149
	Bitácora	158



ÍNDICE

I.	Los últimos años	13
II.	La oscuridad	31
III.	El Big Bang	43
IV.	Las profecías	55
V.	El deshielo	75
VI.	Meteoritos	105
VII.	El refugio	127
VIII.	Génesis	149
	Bitácora	158



Este libro se terminó de imprimir
en el mes de septiembre de 2017
en los talleres de Rotospeed, C.A.
Caracas, Venezuela



